

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

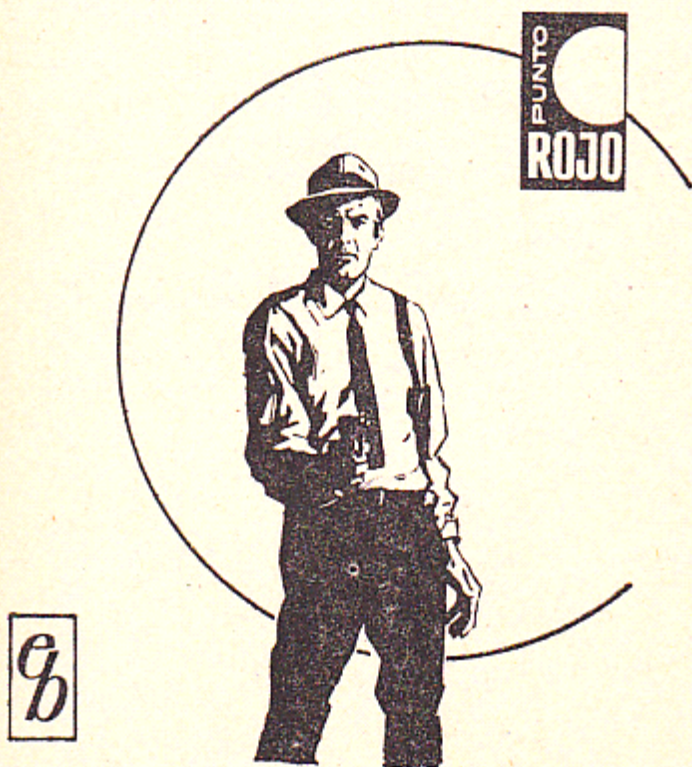
el asesino las prefiere rubias

adam surray



COLECCION

PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

EL ASESINO LAS PREFIERE RUBIAS

Colección	PUNTO ROJO	n.º	630
Publicación	semanal	Aparece	los

SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 8.S65 -
1974

Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: mayo, 1974

© Adam Surray - 1974
Texto

© Miguel García - 1974
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecer, en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.207 — El espía que bajó al infierno.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769 — Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

603 — Los cuervos esperan.

En Colección COLORADO:

829 — Un caballo, un «Colt» y una mujer.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

98 — Al norte de Tucson.

Capítulo Primero

PRELUDIO PARA UN CRIMEN

Rubia.

Bella como una diosa griega.

Con un cuerpo capaz de hacer palidecer de envidia a ninfas de leyenda.

Así era Jean Reed.

Veinticuatro años de edad. Rostro ovalado enmarcado por una rubia cabellera de dorados destellos. Ojos azules y casi transparentes. Lucía un elegante vestido camisero en tejido de raso-duppon. Un modelo que hacía resaltar la perfección de su cimbreante figura.

Tomó un bombón.

Una golosina que los cinco hombres devoraban con la mirada.

Cinco hombres que, pese al aspecto de seriedad de que hacían gala, no podían ocultar el lascivo brillo de sus ojos.

Sólo uno de ellos, el más joven, controlaba sus emociones. Incluso parecía mostrar indiferencia hacia la seductora Jean Reed.

Tal vez por estar acostumbrado a la presencia de la mujer.

Era Fred Dalton.

Administrador-jefe de la Reed Steel.

Los cinco hombres y la mujer se hallaban reunidos alrededor de una larga mesa.

Jean Reed inspiró profundamente.

Firmó el último de los documentos.

—¿Algún otro detalle?

Fred Dalton recogió los papeles para guardarlos en un negro maletín.

—No, señorita Reed. Todo en orden.

Jean posó su mirada en cada uno de los individuos.

Sonrió.

—Bien... Heredé de mi padre la Reed Steel. Posiblemente una carga demasiado pesada para una mujer. Ahora, la Reed Steel ha dejado de existir. Levanto mi copa por el esplendoroso futuro de la Olney & Reed Steel.

Los cinco hombres se incorporaron.

Alzaron sus respectivas copas de champaña.

Uno de los individuos, situado a la izquierda de Jean, atrapó la mano de la muchacha. Su mofletudo rostro reflejó una amplia sonrisa.

—Me pareció advertir algo de rencor en tu voz, Jean.

—¿Rencor? No, Werner. Olney Steel y Reed Steel eran las dos industrias más poderosas de Estados Unidos en la producción de acero. La mutua competencia restaba beneficios a ambas compañías. La Olney Steel, con sede central en Chicago, controlaba el Oeste. La Reed Steel, aquí en Nueva York, dominaba el mercado del Este. Esta unión es beneficiosa. Al menos para mí. Como ya he dicho anteriormente, era una carga demasiado pesada. Ahora tendré menos obligaciones.

—Y también menos acciones.

El irónico comentario fue de Frank Richardson. Un individuo de blanquecino y cadavérico rostro. De ojos amarillentos. Su enteca figura acentuaba su enfermizo aspecto.

Jean Reed no se inmutó.

Le dirigió una despectiva mirada.

—Tú siempre tan mordaz, querido Frank. No soy ninguna ilusa. Más que una unión entre dos compañías, la Olney Steel ha absorbido a la Reed Steel. Soy consciente de ello. Y vuelvo a repetir que he salido beneficiada. Los cuatro magnates de la Olney Steel están ahora ante mí. Stanley Werner, Frank Richardson, Ralph Eggar y Charles Parsons. Se han firmado todos los documentos necesarios. Ha nacido la Olney & Reed Steel. De la nueva empresa, soy la que menos acciones tiene. Cualquiera de vosotros cuatro dobla mi número.

Ralph Eggar permanecía a la derecha de Jean. Era el más joven de los cuatro magnates. Treinta y cinco años de edad. De anguloso rostro no carente de firme energía.

Tomó la palabra.

—Has sido muy juiciosa y prudente durante todos los trámites realizados, Jean. No lo echés todo a rodar.

—No es ésa mi intención.

—Pareces lamentarte del número de tus acciones, Jean. De la Reed Steel controlabas un ochenta por ciento. Eras la propietaria. Ciertamente de la nueva y flamante Olney & Reed Steel controlas menos cantidad que cualquiera de nosotros, pero también existe una gran diferencia. Estas acciones, pronto lo comprobarás en Wall Street, te rendirán mucho más que las primitivas Reed Steel.

La muchacha enrojeció.

—Reed Steel no era una industria en quiebra.

—¿De veras? —volvió a intervenir Frank Richardson, marcadamente irónico—. Pasabas por un mal momento, Jean. El unirte a nosotros ha sido el mejor negocio de tu vida.

Charles Parsons, de canosos cabellos en los aladares, alzó los brazos en demanda de silencio.

—Por favor... No somos justos con Jean Reed. Ella ha realizado un fabuloso negocio, pero también nosotros lo hemos hecho. A ambas partes nos convenía la unión. Reed Steel tenía infinidad de clientes en el Este. La Olney Steel, para introducirse en esos mercados, hubiera necesitado mucho tiempo. Ahora, las dos compañías son una sola. Jean Reed, Stanley Werner, Frank Richardson, Ralph Eggar y yo; controlamos las acciones de la recién creada Olney & Reed Steel. Poco importa quién posea el mayor número. Lo fundamental es el éxito de la nueva compañía. ¡Brindemos por eso!

Fred Dalton volvió a llenar las copas.

Parsons le palmeó la espalda.

—Usted seguirá como administrador-jefe en Nueva York, Dalton. Conocemos su valía. Ningún miembro de la Reed Steel será despedido. Lógicamente, con la ampliación de la industria, se aumentará la plantilla de personal. Tal vez nos decidamos por implantar la sede central aquí, en Nueva York.

—¿Por qué? —inquirió Jean Reed, algo sorprendida—. Creí que era Chicago el lugar más apropiado.

—Se estudiará en nuestra primera junta de accionistas. Tenemos que inspeccionar las instalaciones existentes aquí, Jean. Permaneceremos en Nueva York algunos días. Luego, tras el informe de los técnicos, se decidirá lo más conveniente. Ahora sería demasiado prematuro tomar una determinación. La Olney & Reed Steel acaba de nacer. Hay que mimarla.

Todos rieron las palabras de Charles Parsons.

Jean Reed depositó la copa sobre la mesa.

En sus gordezuelos labios se dibujó una sonrisa.

—Deberán disculparme, caballeros. Me retiro. Estoy segura de que Fred Dalton les hará los honores tal como merecen. Buenas noches.

La muchacha se encaminó hacia la puerta del amplio despacho.

Fred Dalton fue tras ella.

—¿Aviso a un taxi, señorita Dalton?

—Tengo el coche a la puerta. Gracias, Fred. Hasta mañana.

Jean Reed abandonó la estancia.

Stanley Werner chasqueó la lengua.

—No ha encajado bien el golpe.

—¿Qué diablos querías? —argumentó Charles Parsons encendiendo un aromático habano—. Era la dueña absoluta de la Reed Steel. Ahora ha pasado a formar parte de una sociedad. Y nosotros controlando la parte del león.

—¡Tonterías!... —exclamó Ralph Eggar—. Jean, al igual que nosotros, está satisfecha de la operación. ¿Qué opina usted, Dalton?

Fred Dalton se aproximó a los cuatro magnates del acero. Del bolsillo de su chaqueta extrajo una cajetilla de «Pall Mall». En su rostro, de correctas y varoniles facciones, se perfiló una sonrisa.

—Puede que la señorita Reed se sienta algo herida en su orgullo, pero es una mujer inteligente. En la unión de las dos compañías, ella ha salido más beneficiada. Aunque cuente con el menor número de acciones.

—Habla así por admiración hacia ella, Dalton. No olvidamos que trabaja para la Reed Steel.

—Se equivoca, señor Werner. Trabajo para la Olney & Reed Steel.

Las palabras de Fred Dalton fueron bien acogidas por los cuatro individuos.

—Jean Reed cree habérmola jugado —sonrió Charles Parsons —; pero somos zorros viejos. Por supuesto que Jean ha realizado un magnífico negocio. La Reed Steel, últimamente, ocasionaba más deudas que beneficios. No obstante, seguía controlando los mercados del Este. Ahora la Olney & Reed Steel se extenderá por todo el país. ¡Sin competidores de importancia! Las demás industrias del acero existentes no pueden hacernos sombra.

Los amarillentos ojos de Frank Richardson adquirieron un lascivo brillo.

—Es agradable tener entre nosotros a una mujer como Jean... ¡Es endiabladamente seductora!

—En eso también estamos de acuerdo —rió Stanley Werner—. Ahí tampoco tenemos competencia.

—Muy bonita... pero poco sociable. Esta reunión debió celebrarse en la casa de Jean Reed. —Antes de una posible protesta de Fred Dalton, Parsons añadió—: No es mi deseo ofenderle, Dalton. Es usted un magnífico anfitrión. Su *bungalow*, acogedor y tranquilo. No obstante, la reunión debió celebrarse en la mansión de Jean Reed.

—Estás hablando más de la cuenta, Charles —dijo Frank Richardson con maliciosa y enigmática sonrisa—. Entre Dalton y yo

decidimos que la reunión se celebrase aquí. Tenemos preparada una pequeña sorpresa, ¿no es cierto, amigo Dalton?

Fred Dalton también sonrió.

—En efecto, Richardson.

—¿Todo según lo acordado?

—Resultó un poco difícil, pero lo conseguí.

—¡Magnífico!

Parsons, Eggar y Werner estaban perplejos.

—¿De qué están hablando? —inquirió Werner.

—Es nuestra sorpresa. Ahora comprenderéis por qué se celebró aquí la reunión. ¿Ya está todo preparado, Dalton?

Fred Dalton consultó la esfera de su reloj.

—Sí. Incluso creo que la cena ya se estará enfriando.

—Entonces, no perdamos más tiempo.

Los cinco hombres, encabezados por Fred Dalton, se dirigieron hacia la puerta.

Abandonaron el despacho.

El *bungalow* estaba situado en Saad Boulevard. En pleno barrio de Asían. Una de las zonas residenciales más elegantes de Nueva York. Y también la más tranquila. Virtud difícil de encontrar en la jungla de Manhattan.

El *bungalow* contaba con espacioso jardín y piscina. Porche sostenido por niveas columnas. El *living* amplio. Cuatro dormitorios con sus correspondientes salas de baño. El despacho, la cocina, habitación para el servicio y un salón-comedor.

El salón era de grandes dimensiones. Magníficamente amueblado. Decoración moderna. Profusión de objetos de arte y cuadros de afamados pintores de vanguardia. Junto al televisor, un soberbio equipo de tocadiscos. Bebidas de todas clases se alineaban en la cristalera del mueble-bar.

La mesa ya estaba preparada.

Un uniformado mayordomo esperaba instrucciones.

—¿Todo en orden, Jeff?

—Sí, señor Dalton —respondió el sirviente—. Los camareros del Fisherman llegaron hace ya quince minutos.

—Pueden servir la cena.

—Muy bien, señor.

Se acomodaron a la mesa.

La conversación no derivó hacia los proyectos de la nueva Olney & Reed Steel.

El tema fue más agradable.

Lo inició Stanley Werner al interesarse por los espectáculos

nocturnos de Nueva York.

—Actualmente tenemos un ciclo de Beethoven en Carnegie Hall.

La respuesta de Fred Dalton hizo reír a los cuatro magnates.

—Stanley es de espíritu refinado. ¡Prefiere las salas de Burlesques! —exclamó Frank Richardson en desaforada carcajada —. ¡Y yo comparto sus gustos!

Los comensales volvieron a reír.

Alegremente.

Fred Dalton se comportaba como el perfecto anfitrión. Amenizó la velada con atrevidas anécdotas de los *night-clubs* de Nueva York. No sólo refiriéndose a los de West 52 Th Street. Las «emociones fuertes» se hallaban en el prohibido Harlem y en las proximidades del puente de Brooklyn.

Los dos camareros del Fisherman, culminada ya la cena, se retiraron abandonando el *bungalow*. Quedó solamente el mayordomo para servir a los invitados.

—¿Qué les parece si tomamos las copas en el jardín? —sugirió Fred Dalton.

Unicamente Richardson acogió con entusiasmo la idea.

Los demás no se mostraban partidarios de seguir allí. Stanley Werner lo dio a entender con aburrido semblante.

—Oiga, Dalton... La cena ha sido en verdad exquisita, y su amabilidad digna de toda alabanza; pero..., ¿por qué no nos vamos a divertirnos un poco? Visitar alguna sala de fiestas, bailar con...

—Aquí aún no hemos terminado la cena —interrumpió Richardson con enigmática sonrisa—. Nos falta el... postre. ¿No es cierto, Dalton?

—Seguro, Richardson. Todo está preparado en el jardín.

Werner ahogó un bostezo.

—De acuerdo... Tomaremos unas copas y luego nos largamos. Quiero disfrutar de las alegres noches neoyorquinas.

—Dudo que quieras marcharte, Stanley.

Werner, Eggar y Parsons se miraron entre sí.

Perplejos.

Conscientes de que Richardson y Dalton tramaban algo.

Se encaminaron todos hacia el *living* para acto seguido abandonar el *bungalow*. Junto a la piscina había instalada una mesa con toda clase de bebidas. Se veían varias sillas, dos tumbonas y un sofá-mecedora. En una pequeña mesa, un tocadiscos portátil.

Predominaban las botellas de champaña.

Más de una veintena del espumoso líquido sumergidas en recipientes repletos de hielo.

En el centro de la mesa, una descomunal tarta de nata de varios pisos.

—¡Diablos! ¿Qué significa todo esto? —inquirió Ralph Eggar, compartiendo el estupor de sus compañeros—. ¿Se va a celebrar alguna convención?

Frank Richardson rió divertido.

—Esta es una de las sorpresas, amigos. Dalton y yo la hemos planeado a conciencia. Aún falta lo mejor.

Jeff Durning, el mayordomo, permanecía junto a la mesa.

Esperando órdenes.

Fred Dalton se aproximó a él. Introdujo su mano derecha en el bolsillo interior de la chaqueta. De un fajo de billetes separó cincuenta dólares.

—Toma, Jeff. Son tuyos. Hay una magnífica velada de boxeo en el Madison. Espero que te diviertas.

El mayordomo bizqueó.

—No comprendo, señor Dalton...

—Tienes la noche libre, Jeff. No se te ocurra presentarte por aquí hasta mañana. No antes de las diez. ¿De acuerdo?

—Lo que usted ordene, señor Dalton.

Jeff Durning se embolsó los cincuenta dólares. Sin formular ninguna otra pregunta. Con la flema de un mayordomo inglés. Penetró en el *bungalow* para reaparecer minutos más tarde luciendo una cremosa gabardina.

El mayordomo se despidió de los presentes con leve inclinación de cabeza. Se adentró por el asfaltado sendero que conducía a la verja. *Bungalow* y jardín estaban circundados por una alta muralla.

Jeff Durning abandonó el recinto.

Richardson volvió a reír.

—Bien, amigos... Ahora ha llegado el momento de la más agradable de las sorpresas.

—Suéltala ya de una vez.

—Tranquilo, Charles. Llevamos una semana en Nueva York. Una semana de duro trabajo. Ultimando todos los detalles relativos a la unión de Reed Steel con la Olney Steel. Estudios, investigaciones, conferencias de prensa, campañas de publicidad... Una semana agotadora. Hoy se ha culminado con la firma de los contratos definitivos. Ya todo está encauzado. Una semana sin la menor pausa. Sin la más leve diversión.

—Deja tus sermones para la junta de accionistas, Frank.

—Muy bien dicho, Ralph. Sobran las palabras. Hoy todo ha llegado a un feliz término, ¿no es cierto? Jean Reed ha firmado y

nos ha impresionado con su belleza. Con su cuerpo de diosa, con su sedosa cabellera de fuego...

—Nos estás poniendo los dientes largos, Frank.

La carcajada de Richardson fue estridente.

—Lo sé. Todos hemos quedado impresionados por Jean Reed. Ayudado por nuestro amigo Frank Dalton se me ocurrió una brillante idea. Algo que no se podía llevar a cabo en la mansión de Jean. Por eso la reunión se celebró aquí. Lo comprenderéis de inmediato. Seguidme, compañeros.

Frank Richardson fue hacia el garaje contiguo al *bungalow*.

Werner, Eggar y Parsons fueron tras él.

Sólo Fred Dalton quedó junto a la mesa. En sus labios se dibujaba una indiferente sonrisa.

Richardson había accionado el mando de la puerta del garaje. Esta se abrió automáticamente.

El interior estaba iluminado.

Dos coches.

Un «Buick Riviera» y un aerodinámico «Chevrolet» color rojo. Dos magníficos autos de lujo.

Pero no fue aquello lo que llamó la atención de los magnates, sino las cinco mujeres que voluptuosamente se reclinaban sobre los vehículos.

Cinco esculturales bellezas.

Cinco diosas de rubia cabellera...

Capítulo II

PARTY DE SANGRE

El grasiento rostro de Stanley Werner estaba perlado por diminutas gotas de sudor. El pulso muy acelerado y la sangre golpeándole con fuerza en las sienes.

La rabia que le rodeaba con sus brazos era algo fuera de serie.

Dijo llamarse Margaret.

De unos veinticinco años de edad. De opulentos senos y amplias caderas. Rostro sensual. Su rubio cabello seguramente teñido, pero aquel detalle carecía de importancia.

Al menos para Stanley Werner.

No pensaba en ello.

Estaba muy ocupado saboreando los ardientes labios de Margaret.

Frank Richardson parecía haber elegido la mejor del lote. De nombre Janice.

Era la más joven de las cinco. No más de los veintidós años de edad. De pelo rubio como el fuego. Auténtico. Sin tintes ni postizos.

—¡Eres algo único, Frank! —rió Ralph Eggar, que bailaba estrechamente abrazado a una de las mujeres—. ¡Tu sorpresa resultó magnífica!

Frank Richardson, recostado en una de las tumbonas, dejó momentáneamente de mordisquear el lóbulo izquierdo de Janice.

—El mayor mérito es de Fred Dalton. Fue él quien seleccionó el «género». ¿Le resultó difícil, Dalton?

Fred Dalton estaba descorchando la enésima botella de champaña. No parecía hacer mucho caso a la mujer que le había correspondido.

Sonrió.

—Lo único difícil fue conseguir que las cinco fueran rubias.

—Reconozco que me obsesioné en ello —dijo Richardson—. ¡Cinco rubias para competir con Jean Reed!

—Cualquiera de ellas puede hacerlo.

La galantería de Ralph Eggar fue bien acogida por las mujeres presentes. Ellas desconocían quién era Jean Reed, pero sospecharon el halago.

—Te felicito, Fred... ¡Eres un perfecto *public relations*!

Sonaron carcajadas coreando las palabras de Stanley Werner.

La mujer que estaba junto a Fred Dalton sé aproximó más a él. Su voz fue un susurro apenas audible.

—No pareces divertirme mucho, querido.

Dalton encendió un cigarrillo.

—He olvidado tu nombre...

—Judith.

—*Okay*, Judith. Ya has oído a esos bastardos —silabeó Dalton—. Yo soy el fulano de las *public relations*. El anfitrión. Mi deber es hacer que los invitados se diviertan. Si te aburres conmigo puedes dedicarte a cambiar los discos. ¿Conforme, nena?

La llamada Judith ahogó un suspiro.

Lucía un atrevido vestido camisero de abotonadura frontal.

Edgar Winter, con su fabuloso disco *They only come out at night*, fue sustituido por el *My love* de Wings.

El propio Fred Dalton cambió las placas.

—¡Eh, Fred!... ¿No tienes nada de Sinatra? Algo lento y romántico.

Margaret intervino con cantarina carcajada:

—Esta es la música más actual, querido. Primer puesto en el *ranking*. El *My love* es algo fabuloso.

El apoplético Stanley Werner chasqueó la lengua.

—Prefiero los ritmos más lentos. La música «pop» es demasiado violenta y ruidosa.

—Lo que te ocurre es que ya estás fundido, Stanley —rió Richardson, deslizando sus manos por la espalda de Janice—. Yo en tu lugar me...

Frank Richardson se interrumpió.

Sus ojos casi se salen de las órbitas.

Al igual que los de Werner y Eggar.

Estupefactos ante el espectáculo ofrecido por Judith.

La mujer, consciente de la indiferencia de Fred Dalton, se había despojado del minivestido, quedando en un provocativo bikini. Un «dos piezas» que dejaba muy poco para la imaginación.

Judith se zambulló en la piscina.

Richardson, Werner y Eggar comenzaron a aplaudir como locos.

Janice, herida en su amor propio, no quiso quedarse atrás. Fue hacia el tocadiscos quitando el *My love*. De entre los *singles* allí depositados encontró un tema de lento y sensual ritmo.

El disco comenzó a girar.

Y Janice hizo otro tanto.

Inició un baile capaz de rivalizar con las más expertas danzarinas orientales. Incluso Janice tenía más... arte. Más picardía. Un saber que sólo se adquiere por los nauseabundos tugurios del Bajo Manhattan.

Janice se despojó del pullover.

Con lentitud.

Sin dejar de seguir el cadencioso ritmo magistralmente seleccionado.

Y la mujer obsequió a los presentes con el más espectacular *streap-tease*. Digno de ser reproducido en el Folies Bergère.

Janice lo culminó arrojándose a la piscina.

Charles Parsons, que salía del *bungalow* con su respectiva pareja, llegó a tiempo de contemplar el espectáculo.

Los cuatro magnates aplaudieron a rabiar.

El rostro de Fred Dalton, en rudo contraste, seguía reflejando una total indiferencia.

—¡El agua está deliciosa! —rió Janice, chapoteando alegremente—. ¿Nadie se anima?

Frank Richardson se incorporó de la tumbona.

—¡Eh, Dalton! ¿Puede proporcionarme un bañador?

—Seguro, Richardson. En mi dormitorio encontraremos algo apropiado. Sígame, por favor.

Ralph Eggar cambió la placa en el tocadiscos. Seleccionó un *long play* de Sinatra.

Música romántica.

Atrapó a su rubia por la cintura, atrayéndola contra sí. Ella correspondió mimosa rodeándole el cuello con sus brazos. Pegándose a él.

Stanley Werner y Charles Parsons intercambiaron sus chicas.

Janice ya estaba fuera de la piscina.

Con su provocativo «dos piezas» color negro.

Diminutas gotas de agua se deslizaban por su escultural cuerpo.

Janice fue hacia la mesa. En uno de los platos se sirvió una considerable ración de nata y merengue.

Comenzó a embadurnarse brazos y piernas.

—¿Qué diablos estás haciendo? —inquirió Frank Richardson que regresaba ya en traje de baño.

—¿No lo ves? La nata es muy buena para la piel.

Rejuvenece el cutis y le da vigor. Creo que a ti no te vendría mal, querido.

El burlón comentario de la mujer hizo enrojecer a Richardson.

Ciertamente, su aspecto en traje de baño no era muy airoso. Enteca figura. La blanquecina piel materialmente pegada a los huesos. De un color lechoso. Nauseabundo.

Pero en los ojos de Frank Richardson continuaba aquel enfermizo tono amarillento.

Y ahora destellaban con crueldad.

—Eres muy graciosa, Janice... Antes has bailado de forma magistral. ¿Qué tal lo harías emplumada?

—¿Por qué no emplumas a tu abuela?

Werner y Parsons rieron la salida de la mujer.

Frank Richardson volvió a enrojecer.

—Tú ya estás aderezada, nena. Te has untado a conciencia. Ahora sólo nos faltan las plumas.

—Tienes un repugnante sentido del humor, querido.

—¿De veras? Me conoces muy poco...

Richardson se inclinó para recoger uno de los almohadones del balancín. Fue hacia la mesa apoderándose de un cuchillo de afilada hoja. De seco tajo desgarró la funda. Abundantes plumas cayeron al suelo. Janice palideció.

—No... no intentarás...

—Sí, nena —sonrió Richardson—. Vas a bailar emplumada de pies a cabeza.

—Será un divertido espectáculo —comentó Judith, aún rencorosa por el *show* de su compañera—. ¿Te ayudo, Frank?

Janice intentó refugiarse en el *bungalow*.

Su acción fue frenada por Stanley Werner. Le puso la zancadilla, obligando a la muchacha a caer aparatosamente.

Frank Richardson se abalanzó sobre ella. Werner y

Parsons sujetaron los brazos femeninos. Con gran dificultad. La nata que cubría el cuerpo de Janice hacía difícil el inmovilizarla.

Los tres hombres reían en sonoras carcajadas.

Richardson arrojó las plumas sobre la mujer.

Las desaforadas risas acallaron los desgarradores gritos de Janice.

—¡Aún no es suficiente! —exclamó Frank Richardson con demoníaca expresión en su blanquecino rostro—. ¡Es necesario otro almohadón!

Fred Dalton estaba bajo el porche de la casa. Con un cigarrillo en los labios. Contemplando la escena con indiferencia.

Frank Richardson despanzurró un segundo almohadón sobre el cuerpo de Janice. Las multicolores plumas se iban pegando con gran facilidad. Los desesperados intentos de la muchacha por

soltarse eran contraproducentes. Sólo conseguía que las plumas se pegaran más a su cuerpo.

Cabeza, brazos, cintura, piernas...

—Y ahora a bailar, nena. Ya podéis soltarla —Richardson respiraba entrecortadamente—. Un ritmo rápido. Buscaremos algo del gran Presley. ¡Un *rock and roll* para Janice!

Werner y Parsons soltaron a la muchacha.

En el mofletudo rostro de Stanley Werner se acumulaba el sudor. Charles Parsons también jadeaba. Con los ojos lúbricos.

—¡A bailar!

Janice no pareció oír la voz de Frank Richardson.

Continuó tendida sobre la hierba del jardín.

Emplumada de pies a cabeza.

Sollozante.

—¡Maldita sea! Te he dicho que...

—Ya basta, Richardson. Ya es suficiente,
Frank Richardson bizqueó.

Dirigió una perpleja mirada a Fred Dalton.

Sorprendido por su intromisión.

—¿Qué diablos le ocurre, Dalton? ¿No sabe llevar una broma?

—¿Una broma?

—Por supuesto.

—Ha llegado demasiado lejos —dijo Fred Dalton, con fría voz—. No era necesario humillar a esta pobre chica.

—Dalton tiene razón —murmuró Ralph Eggar, que no había intervenido en la vergonzosa acción de sus tres compañeros—. La broma es demasiado cruel.

Se produjo un tenso silencio.

Fred Dalton ayudó a levantarse a la muchacha.

Se introdujo con ella en el *bungalow*.

Judith comenzó a ajustarse el vestido, dando por finalizada su exhibición en bikini.

—Creo que la fiesta ha terminado...

Las otras tres mujeres también parecían dispuestas a marchar. Una de ellas no encontraba sus zapatos por ningún lado. La ayudaron en la búsqueda hasta que aparecieron bajo una de las colchonetas de la piscina.

Fred Dalton llegó en ese momento procedente del *bungalow*.

No se sorprendió al ver a las mujeres preparadas para la marcha.

—¿Esperáis a Janice?

—No nos une ninguna amistad con ella —dijo Judith—. A decir verdad, las cinco nos hemos conocido aquí. Yo no la espero. Adiós.

Judith fue la primera en abandonar el recinto.

Luego lo hizo Margaret.

Diana, una rubia con graciosas pecas en el rostro, se despidió apasionadamente de Ralph Eggar. Marchó en compañía de la otra mujer.

Los cinco hombres quedaron solos en el jardín.

En silencio.

Fue roto por la ronca voz de Frank Richardson:

—Voy a por mi ropa. El baño ya no me apetece.

Richardson se introdujo en el *bungalow*.

Fred Dalton arrojó el cigarrillo a la vez que chasqueaba la lengua repetidamente.

—Ahora empiezo a lamentar mi intervención. Creo que he molestado al señor Richardson.

—No se preocupe por eso, Dalton —recomendó Ralph Eggar—. Usted se adelantó a mis deseos. Lo que se estaba haciendo a esa chica era poco noble. Algo en verdad vergonzoso.

—Una broma, Ralph...

—Demasiado cruel, Stanley. Debes reconocerlo.

—¿Por qué no lo olvidamos ya?

—En eso estamos de acuerdo, Stanley. ¿Me acompañas a hablar con Frank? Este leve incidente no debe enfriar en absoluto nuestras cordiales relaciones con Fred Dalton. Haremos que Frank comprenda lo improcedente de su acción y pida disculpas a la muchacha.

—Me parece bien, Ralph.

Eggar y Werner fueron hacia el *bungalow*.

Fred Dalton desconectó el tocadiscos. El *Night and day* de Sinatra quedó bruscamente cortado.

Charles Parsons estaba recogiendo las botellas de champaña esparcidas por el césped.

—No se moleste en eso, Parsons.

—¿Tiene un cigarrillo?

Dalton le ofreció la cajetilla de «Winston».

—También yo me he comportado como un estúpido, Dalton. No hablemos más de ello.

—Bien...

Los dos hombres se encaminaron hacia la casa.

En el amplio salón estaban Frank Richardson y Ralph Eggar. Junto al mueble-bar. A los pocos segundos reapareció Stanley

Werner procedente del pasillo. Secaba el copioso sudor de su rostro con un pañuelo.

Charles Parsons consultó la esfera de su reloj.

—¿Nos vamos ya? Es muy tarde. Quedé en telefonar a mi mujer desde el hotel. Ya tengo solicitada la conferencia con Chicago.

—Antes de marchar pediremos disculpas a Janice —dijo Eggar con una abierta sonrisa—. ¿No es cierto, Frank?

Richardson asintió con un leve movimiento de cabeza.

Fred Dalton, en su calidad de anfitrión, se creyó obligado a intervenir.

—No creo que sea necesario.

—Quiero hacerlo, Dalton —dijo Frank Richardson, con firme voz—. También le pido disculpas a usted.

Fred Dalton terminó por encogerse de hombros.

Los cinco hombres avanzaron por el corredor. Dalton se detuvo en la última de las puertas. Sus nudillos golpearon con suavidad la hoja de madera. Esperó unos segundos.

Al no recibir respuesta, entreabrió la puerta.

—¡Janice!

La habitación correspondía a uno de los dormitorios de la casa. En la estancia no se encontraba la mujer.

—Tal vez ya se ha marchado... —comentó Parsons, que, junto con los demás, había seguido a Fred Dalton.

—¿Por dónde? No puede haber salido de la casa sin ser vista. De seguro está en el baño.

Fred Dalton atravesó la estancia.

Al fondo se divisaba una pequeña puerta.

Estaba entreabierta.

—¡Janice!...

Tras la prudente y obligada llamada, Dalton empujó la puerta.

Sí.

Allí estaba Janice.

En el baño.

Todavía con las multicolores plumas pegadas a su cuerpo. Los ojos de Janice muy abiertos. La cabeza apoyada en uno de los bordes de la bañera.

Cuidadosamente apoyada.

En un equilibrio casi imposible, dado que la cabeza de Janice apenas se mantenía unida al tronco.

Los desorbitados ojos de Janice parecían corresponder a la

aterrada mirada de los cinco hombres que contemplaban la espeluznante escena desde el umbral.

Pero los ojos de la infortunada Janice ya no podían ver.

Estaban nublados por la fría mano de la muerte.

El asesino había tenido la gentileza de dejar allí el arma homicida. Sobre la alfombra del baño.

Una afilada navaja de afeitar cuya hoja aparecía salpicada de sangre. En el mango eran visibles dos iniciales grabadas.

F. D.

Las iniciales correspondientes a Fred Dalton.

Capítulo III

LOS SOSPECHOSOS

Cyril Wendkos, teniente de la Brigada de Homicidios, poseía una desdeñosa sonrisa lobuna.

La acentuó.

Siempre había soñado con aquello. Babeaba de emoción ante la perspectiva de apretar las clavijas a aquellos «peces gordos». Ahora podía hacerlo. Uno de ellos era el asesino.

Cyril Wendkos contaba cuarenta y cinco años de edad. Lo más característico en él era su úlcera. Jamás trataba de ocultar su avinagrado carácter. Malas lenguas afirmaban que su sempiterno malhumor era debido a que llevaba más de diez años esperando el ascenso.

Los de dactiloscopia y demás agentes que deambulaban por el *bungalow*, contemplaron inquietos al teniente.

Cyril Wendkos sonreía.

Y eso era un mal síntoma.

Un mal presagio.

Ignoraban que, por primera vez en mucho tiempo, el teniente Wendkos se encontraba feliz. Sus ojos, semiocultos por los caídos párpados, resbalaron coa fingida indiferencia por los cinco individuos. Con deliberado desprecio. Cuatro magnates del acero y el administrador-jefe de la poderosa Olney & Reed Steel de Nueva York.

Bastardos forrados de dólares, grasientos *pigs* que amasaban fortunas con el sudor ajeno...

Cyril Wendkos sentía una cordial enemistad hacia aquellos individuos,

Y ahora los tenía allí.

A su merced.

—Bien, caballeros... He oído sus respectivas versiones. De ellas se deduce que solamente uno de ustedes queda libre de toda sospecha. Me refiero al señor Charles Parsons. Fred Dalton penetró en el *bungalow* acompañando a Janice. Dalton regresó al jardín, donde le esperaban ustedes cuatro. Luego el señor Richardson entró en la casa para despojarse del traje de baño.

—Fui directamente al dormitorio de Fred Dalton... —replicó

Frank Richardson con alterada voz—. Allí tenía mi ropa. Ni tan siquiera me crucé con Janice.

El teniente Wendkos sonrió.

—Por supuesto, Richardson. No le estoy acusando... todavía. Me limito a relatar los hechos. Minutos más tarde, Ralph Eggar y Stanley Werner fueron al *bungalow*. Según me han dicho, Werner se dirigió al baño y Eggar quedó en el salón. ¿Es correcto?

—Sí, teniente —contestó Ralph Eggar.

Stanley Werner se limitó a un afirmativo movimiento de cabeza.

—Cualquiera de ustedes dos pudo matar a la chica. Sospechosos al igual que Dalton y Richardson. El señor Charles Parsons, al penetrar en el *bungalow*, lo hizo acompañado de Dalton. Y fue entonces cuando se descubrió el cadáver. Desde que Janice dejó el jardín para introducirse en la casa, y hasta el momento de descubrir su muerte, Charles Parsons no pisó el *bungalow*. ¿Todos de acuerdo en ese punto?

Ninguno de los presentes formuló objeción alguna.

Charles Parsons, pese a estar libre de sospecha en el asesinato, era el más pálido de los cinco. Sus manos temblaban convulsivas. Mesaba sus canosos cabellos una y otra vez en nerviosos ademanes.

El teniente volvió a tomar la palabra.

—Perfecto, caballeros. Con los resultados de la autopsia se determinará la hora de la muerte de Janice y algún otro detalle. Tenemos el arma homicida. Una navaja de afeitar con las iniciales «F. D.» en el mango.

Dalton sostenía entre sus manos un largo vaso de whisky.

Su voz sonó firme y segura.

—Ya le he dicho que esa navaja me pertenece, teniente. Estaba en el baño de mi dormitorio. Es mía, pero yo no maté a la muchacha.

—Acompañó a Frank Richardson a ese dormitorio, ¿no es cierto, Dalton?

—Sí. Le ofrecí uno de mis trajes de baño.

—Deduzco que Frank Richardson quedó solo en el dormitorio mientras se cambiaba de ropa.

Richardson, acomodado en uno de los sillones del salón, se incorporó como impulsado por resorte.

—¡Yo no la maté! ¡No entré en el cuarto de baño ni vi esa maldita navaja de afeitar! ¡Yo no la maté!

—Tranquilo, Richardson, tranquilo... Aún no he acusado a ninguno de ustedes. ¿Por qué se altera?

—¡Está insinuando que fui yo!

Cyril Wendkos sonrió.

—¿De veras? El principal sospechoso es Fred Dalton. Acompañó a la chica a una de las habitaciones, suya es la navaja de afeitar... Unicamente falta el móvil. Sí, caballeros. ¿Por qué matarla? Todo asesino tiene un motivo para actuar. ¿Los tenía Dalton para asesinar a la chica?

—Era la primera vez que la veía —comentó Fred Dalton con voz carente de inflexión—. Al igual que a las otras cuatro mujeres.

—De eso hablaremos más tarde, Dalton. Fue interesante la broma de emplumar a Janice. Muy divertida.

—Usted lo ha dicho, teniente —intervino Ralph Eggar—. Fue una broma. Reconozco que algo pesada, pero una inocente broma.

—¿También para usted, Richardson?

—Por supuesto.

—¿No se molestó con Janice? Quería verla bailar cubierta de plumas. ¿Le irritó perderse el espectáculo?

Frank Richardson enrojeció.

—No contestaré a ninguna otra de sus preguntas sin estar en presencia de mi abogado.

El teniente Wendkos acarició el fino bigote que adornaba su labio superior.

—No voy a hacer más preguntas por hoy, caballeros. El sargento ya ha tomado nota de sus domicilios. Actualmente están en el Milbank Hotel, ¿verdad? Les aconsejo que no abandonen Nueva York sin despedirse de mí. Temo que volveré a importunarles.

Charles Parsons se aproximó con vacilante paso.

—Teniente..., ¿es necesario dar publicidad al asunto? Somos personas importantes. Dirigentes de la compañía más poderosa de acero de Estados Unidos. Nuestra reputación no puede...

En ese preciso momento era retirado el cadáver de Janice. Dos hombres portaban la camilla.

Cyril Wendkos les llamó.

Con deliberado dramatismo retiró la sábana que cubría el cadáver.

—Mírela, Parsons.

El hombreladeó la cabeza.

Los ojos del teniente llamearon.

—¡He dicho que la mire, maldita sea! Una mujer ha sido brutalmente asesinada. Era joven y bonita. De seguro con muchos deseos de vivir. Y ahora está muerta. Asesinada por uno de ustedes.

—Yo no...

—¡Al diablo con su reputación, señor Parsons! No ocultaré a la prensa los detalles de la celebrada orgía. Sus nombres saldrán en gruesos caracteres.

—Piénselo dos veces, teniente —silabeó Frank Richardson—. Tenemos amigos muy influyentes.

—¿Me está amenazando?

—Descubra al asesino, teniente. Esa es su obligación. Pero mientras sus pesquisas no den resultado, procure silenciar nuestros nombres. Le advierto que antes de una hora recibirá instrucciones sobre ese particular.

—Ya. Deben permanecer en la sombra, ¿no? Un caso Watergate en pequeña escala.

Las irónicas palabras del teniente no fueron bien recibidas.

—¿Podemos retirarnos?

—Sí, Richardson. Recuerden mis advertencias. No podrán abandonar Nueva York ni acompañados por el mismísimo presidente Nixon. Buenas noches.

Los cuatro magnates de la Olney & Reed Steel abandonaron el *bungalow*.

El teniente y Fred Dalton quedaron a solas en el salón.

—¿Puede servirme un whisky, Dalton?

—Perdone... Creí que estaba de servicio...

Cyril Wendkos sonrió.

—Cuando siento deseos de vomitar me va bien un whisky.

—No le resultamos simpáticos.

El teniente aceptó el «Johnnie Walker» ofrecido por Dalton. Respondió sin apartar la mirada del amarillento líquido.

—Ningún asesino me resulta simpático. He conocido a muchos, Dalton... Tipos que han liquidado a sus mujeres porque éstas les engañaban, fulanos que matan por un puñado de dólares, asesinos profesionales que trabajan a sueldo... Todos ellos sucios bastardos, aunque los mayores hijos de perra son los que matan por placer; los todopoderosos que se consideran dioses, con derecho a borrar del mapa a una insignificante chica de vida alegre. Seguros de que nada les va a ocurrir.

—Ninguno de nosotros...

—Usted no es como ellos, Dalton —interrumpió Cyril Wendkos chasqueando la lengua tras atizarse el vaso de whisky—. Cierto que su cargo es elevado y sin duda disfruta de un buen sueldo, pero no es como ellos.

—Por supuesto, no soy un magnate del acero.

—Pero está involucrado en el feo asunto, Dalton. Y como sospechoso ideal.

—Si hubiera matado a Janice no dejaría la navaja de afeitar con mis iniciales.

—Ultimamente, los asesinos se han vuelto muy inteligentes. En ocasiones, el acumular pruebas en contra es beneficioso para el presunto culpable.

—Yo no la maté, teniente.

—*Okay*. Dígame el nombre de las chicas que acudieron a su... fiesta.

—Janice, Margaret, Diana, Judith, y Deborah.

Cyril Wendkos arrugó instintivamente la nariz.

—Oiga, Dalton... Esta no es un juego de adivinanzas. Quiero los nombres completos y el lugar donde encontrarlas.

—Eso lo ignoro, teniente. Ya le he dicho que era la primera vez que las veía. Incluso puede que los nombres que me dieron no sean los verdaderos.

—¿Insinúa que las aceptó en su casa sin saber nada de ellas?

Fred Dalton se pasó el dorso de la mano por la frente.

En repetido y nervioso movimiento.

—Escuche, teniente... Usted conoce este tipo de reuniones. Se celebran cientos de ellas diariamente en los hoteles de Manhattan. Hombres importantes que se re-unen para ultimar un negocio. Luego, para celebrar el éxito de la operación, se contratan a unas chicas para alegrar la velada.

Wendkos sonrió.

Con su característica mueca lobuna.

—Oh, sí..., desde luego conozco el asunto. La chica sale de una gran tarta luciendo un bikini transparente. Los invitados babean y empieza la gran juerga.

—Es casi obligado, teniente. Entra en el programa.

—Lo sé, Dalton. Toda reunión de negocios, convenciones, congresos..., termina en alegre francachela. Con frecuencia la Metropolitan Police acude a los hoteles para imponer un poco de orden; pero nunca se llega al asesinato. Y las chicas suelen ser conocidas. En muchas ocasiones reclutadas por el *maître* del hotel. ¿Cómo las consiguió usted, Dalton?

—No es la primera vez que me veo obligado a realizar este tipo de trabajo, teniente. Recientemente, con un importante comprador de Pennsylvania, organicé otra fiesta. Las chicas, al igual que ahora, me las envió Billy Rogers.

—¿Quién es?

—Uno de los empleados del club Spinarch, en Greenwich Village. Es él quien me proporciona las chicas, teniente. No hay nada de malo en ello. Anteriormente jamás se organizó escándalo alguno. Las chicas eran contratadas exclusivamente para sonreír, bailar, conversar con los invitados...

—No me dé lecciones de moral, Dalton. ¿Cuánto les pagó a las chicas?

—Billy Rogers se encargaba de ello. Luego me pasaba sus honorarios. Supongo que se quedaría una pequeña comisión.

—Esta última... remesa le saldría un poco más cara, ¿verdad, Dalton? Es difícil seleccionar a cinco bellezas rubias.

Fred Dalton enrojeció de vergüenza.

—Fue idea de Frank Richardson.

—¿De veras?

—Voy a serle sincero, teniente. El organizar estas fiestas me produce náuseas. Pero debo hacerlo. Entra en el programa oficial de actos. Ahora ya no actúo como administrador de la Reed Steel, sino a las órdenes de la Olney & Reed Steel. Y Frank Richardson es uno de los principales accionistas.

—Los cuatro controlan la sociedad, ¿no?

—Junto con Jean Reed.

Cyril Wendkos se sirvió por su cuenta un segundo vaso de whisky. Sus astutos ojos se posaron en Dalton.

—¿Por qué Richardson quería cinco chicas rubias? ¿Se lo dijo?

—Se le ocurrió al poco tiempo de llegar a Nueva York. Tras su primera entrevista con Jean Reed. Ella es una mujer de extraordinaria belleza. De rubia cabellera. Puede que impresionara a Richardson.

—¿Y ello le impulsó a sugerir que las chicas de la fiesta fuesen rubias? Me parece un tanto absurdo, Dalton.

—Richardson quería sorprender a sus compañeros.

El teniente sonrió burlón.

—Por supuesto... Imagino que cinco deslumbrantes rubias causarían impacto. ¿Estaba la señorita Reed al corriente de la fiesta que se iba a organizar aquí?

—No, aunque tal vez lo sospechase.

Cyril Wendkos depositó el vaso sobre el mueble-bar.

Con la más inocente de sus sonrisas, inquirió:

—Una última pregunta, Dalton. Tengo entendido que dio a su mayordomo la noche libre. ¿Por qué?

—Para dar mayor libertad y confianza a mis invitados. Siempre lo hago al organizar fiestas de esta índole. Jeff Durning, mi

mayordomo, permanece durante la cena. Luego le ordeno marchar.

—Muy curioso. En una inocente fiesta..., ¿por qué no puede estar presente el mayordomo? ¿Qué cosa no debía ver, Dalton? ¿Un asesinato?

—Ya le he dicho que...

—Sí, comprendo —interrumpió el teniente, con sarcasmo—. Libertad y confianza para los invitados. *Okay*, Dalton. Le aconsejo lo mismo que a sus compañeros de *party*. No abandone Nueva York bajo ningún concepto. Mañana reanudaremos nuestra conversación... Dentro de unas horas, puesto que ya está amaneciendo. Ha sido una fea noche, ¿verdad, Dalton?

Cyril Wendkos avanzó hacia el *living*.

—¿Cuándo regresará su mayordomo, Dalton?

—Alrededor de las diez.

—Alguno de mis muchachos se quedará por aquí. Espero no le importe que lleven a Jeff Durning a mi despacho antes de que hable con usted.

El ruego del teniente era más bien una orden.

Fred Dalton lo comprendió así.

No formuló ningún comentario.

Cyril Wendkos volvió a sonreír.

—Adiós, Dalton. Posiblemente enviaré a por usted. Depende de las huellas encontradas en la navaja de afeitar. Si son las suyas... no doy un centavo por su piel.

* * *

Jean Reed extrajo un cigarrillo de su cajetilla de «Thins». Sus manos no ocultaron un leve temblor.

—No podía creerlo, Fred... ¿Cómo pudo ocurrir?

Fred Dalton tenía los ojos hinchados. No se había retirado a dormir tras la marcha del teniente Wendkos. El día empezaba a clarear y tampoco hubiera podido conciliar el sueño. Las profundas ojeras que se dibujaban bajo sus ojos, más que por cansancio, eran provocadas por la inquietud.

—No te esperaba tan pronto, Jean. ¿Te has informado por los periódicos?

—Charles Parsons me ha puesto en antecedentes. Visitó a primeras horas de la mañana las oficinas. Yo ya estaba allí. Los periódicos guardan un discreto silencio. Sólo se menciona el asesinato de una muchacha, Janice Coward, en un *bungalow* de Saad Boulevard. Ningún dato más.

Dalton esbozó una triste sonrisa.

—Parsons y los demás han hecho uso de sus influencias.

—Así es. El teniente Wendkos habrá recibido una orden de Washington. Total y absoluta discreción en el caso. Parsons tiene poderosos amigos. También Richardson y Werner.

—Uno de ellos es el asesino, aunque yo soy el principal sospechoso.

Jean aplastó el cigarrillo mentolado en uno de los ceniceros. Se aproximó a Dalton acariciando una de sus manos.

—No digas tonterías, Fred. Tú eres inocente.

—Gracias, Jean. Gracias por tu confianza. Sin embargo, todo parece acusarme. Yo llevé a Janice a la habitación donde apareció asesinada. Mía era el arma homicida... Hace apenas unos minutos llegó Jeff Durning. No pude hablar con él. Dos policías le esperaban para llevarle ante el teniente Wendkos.

—Sin pruebas convincentes, de nada pueden acusarte. Y no eres tú el único sospechoso.

—Imagino el humor del teniente Wendkos tras recibir las órdenes de Washington.

—No te preocupes por eso.

—Creo que debo presentar mi dimisión, Jean. Soy mala publicidad para la Olney & Reed Steel.

—No habrá publicidad, Fred. Sólo saldrá a la luz el nombre del asesino. Richardson, Eggar o Werner. Uno de ellos es el culpable. Lograremos que la Olney & Reed Steel permanezca al margen.

—Dudo que se consiga.

—Yo te..., te aprecio, Fred. Trabajabas a las órdenes de mi padre. Llevamos mucho tiempo juntos. Ultimamente la Reed Steel no era el fabuloso negocio de antaño. Tú permaneciste fiel. A mi lado. Ahora la Reed Steel ya no existe. Mi posición en Olney & Reed Steel no es brillante. Soy una extraña en mi propia casa. No te marches ahora, Fred. Te necesito.

Dalton sonrió.

Feliz.

Por un instante olvidó la trágica noche anterior. Las palabras de Jean le hacían inmensamente feliz.

—Siempre estaré a tu lado, Jean.

—Magnífico, Fred. No te preocupes. Todo se arreglará. Toma el día de descanso. Lo necesitas. Yo regreso a las oficinas. ¿Por qué no vienes a cenar esta noche a mi casa? Te espero a las seis. ¿De acuerdo?

—Sí, Jean.

Los gordezuelos labios de Jean trazaron una animosa sonrisa. Se encaminó hacia el *living* acompañada de Dalton.

Se despidieron bajo el porche.

Fred Dalton quedó apoyado en una de las columnas. Contempló como Jean se introducía en un «Ford Mustang» alejándose hacia la abierta verja.

Dalton también vio el «Pontiac» estacionado en Saad Boulevard. A poca distancia de la entrada. Un individuo al volante, leía con falso entusiasmo un periódico. No hacía falta ser un lince para deducir que se trataba de uno de los agentes del teniente Wendkos.

Fred Dalton quedó unos minutos bajo el porche. Cuando se disponía a penetrar en la casa, se percató de que el buzón de la correspondencia indicaba algo en su interior.

Atravesó el jardín.

Dado que su mayordomo no se encontraba en la casa, retiraría personalmente la correspondencia.

Abrió el buzón.

Sólo un rectangular sobre.

Sin remitente.

Fred Dalton lo rasgó con indiferencia.

Súbitamente su rostro palideció. Toda indiferencia desapareció de sus facciones. Sus manos temblaron al sostener aquellas fotografías.

Cuatro fotografías.

En todas ellas Janice y Fred Dalton. Tomadas en la habitación donde apareció el cadáver.

Los ojos de Dalton quedaron fijos en la última de las fotografías.

Janice aparecía de pie frente al espejo del baño. Tras ella, Fred Dalton. En su mano derecha era visible la navaja de afeitar.

Capítulo IV

UN HOMBRE LLAMADO DECKER

Ray Decker contempló al trasluz la botella.

Ni una sola gota de whisky.

Una soez maldición brotó de los labios de Decker. Se incorporó del sillón para dirigirse a la sala contigua.

—Eh, Doris... No hay whisky.

Doris estaba tendida sobre la alfombra. De bruces. Con un diminuto *short* y una blusa anudada bajo el busto. La bronceada piel de su cintura al descubierto.

—Lo sé, querido. Vaciamos ayer la última botella.

—Busca una en tu apartamento. Necesito un trago.

Doris sostenía entre sus manos una repulsiva revista femenina. La arrojó tras su cabeza girando perezosamente. Bostezó a la vez que estiraba los brazos. Deliberadamente sensual.

Doris, con sólo veinticuatro años de edad, era más peligrosa que una serpiente de cascabel. El habitar en la «zona baja» de Manhattan, convertía a los seres humanos en fieras.

Vivir o morir.

Esa era la única ley.

Y para sobrevivir había que ser refinadamente cruel.

Carecer de sentimientos. Luchar sin tregua. Pisotear al prójimo.

Doris era experta.

Dura como una roca.

Había recibido golpes desde los once años de edad. Ya nada conseguía impresionarle. Ya nada le importaba...

—En mi apartamento tampoco hay whisky, Ray.

—No le haré ascos al brandy.

Doris se levantó sonriente.

—Eres muy gracioso, Ray. Tengo el almacén sin existencias.

—Ayer...

—Ayer me visitó George Marley.

Ray Decker frisaba en los treinta años de edad. Pelo negro, rebelde y abundante. Cejas bien curvadas, ojos grises, nariz perfilada, labios de fino trazo y barbilla firme.

Un tipo atractivo.

De alta estatura y complexión atlética.

Lucía una camisa a cuadros y pantalón a contraste.

Las facciones de Decker se endurecieron.

—¿Por qué no me avisaste, Doris? Quedamos en que...

—Lo sé, Ray; pero cambié de opinión. No quiero que mi cadáver aparezca en una de las callejuelas de The Bowery.

—Le has entregado hasta el último centavo, ¿no?

—La cuota señalada. Le quedé a deber algunos dólares, pero se contentó con pegarme una paliza y llevarse las botellas de mi mueble-bar.

—Algún día aplastaré a ese hijo de perra.

—¿No tienes suficientes problemas, Ray? No te preocupes por mí. Con la cuota a George Marley estoy «protegida» durante todo el mes.

—Deberías terminar con esa organización y...

—Ya hemos hablado de eso en varias ocasiones —interrumpió Doris—. Hay que amoldarse a las circunstancias, Ray. Puede que me canse algún día, pero mientras tanto todo seguirá igual. Y no se te ocurra intervenir a mi favor. Te aprecio demasiado, Ray. No me agradaría presenciar tu funeral.

—¿Necesitas algún dinero?

Doris rió en alegre carcajada.

—¿Y tú me lo ibas a proporcionar? Debes dos meses por el alquiler de este estercolero.

—Hoy me pagará Mac Kern las últimas narraciones publicadas.

Doris le echó los brazos al cuello.

Sus carnosos labios se unieron a los de Decker.

—Gracias, Ray. No necesito nada. Voy al supermercado y compraré algunas botellas. ¿Almorzarás conmigo?

—No. Debo presentar los originales esta misma tarde. Y aún no he escrito una sola línea.

Doris volvió a reír.

—Por eso necesitas el whisky, ¿verdad?

—Correcto. Sin una botella soy incapaz de escribir. Tampoco sería capaz de arrastrarme hasta la editorial y presentar mis nauseabundos escritos.

—Antes de marcharme a The Parrot te pasaré las botellas. Hasta luego, Ray.

—Adiós, Doris.

La mujer abandonó el apartamento.

Ray Decker retomó a su reducido despacho. De nuevo se acomodó frente a la máquina de escribir.

Encendió un cigarrillo.

Sus grises ojos quedaron fijos en el techo.

Por espacio de largos minutos.

Súbitamente reaccionó con brusquedad. Arrancó la cuartilla del carro de la máquina arrojándola al suelo. Aplastó el cigarrillo con furioso gesto.

En ese instante sonó el llamador de la puerta de entrada.

Decker se dirigió al *living* a grandes zancadas. Al abrir la puerta, parpadeó repetidamente. Perplejo.

—¡Fred!... ¿Qué diablos haces por aquí?

Fred Dalton forzó una mueca. Una sonrisa que era desmentida por la palidez de su rostro.

—Hola, Ray. ¿Puedo pasar?

—¡Seguro!

Decker rodeó con su brazo derecho los hombros de Fred Dalton conduciéndole hacia el salón.

—Celebro tu visita, Fred. Eso significa que no olvidas a los amigos. Pensé telefonearte en varias ocasiones para tomar unas copas juntos.

Dalton trazó una circular mirada por el salón.

—¿Por qué no lo has hecho?

—¿El qué?

—Telefonearme. Somos amigos, Ray. Te advertí que si me necesitabas para algo acudieras a mí sin titubear.

—Lo sé, Fred, pero me van muy bien las cosas.

—¿De veras?

Decker sonrió comprendiendo la desfavorable impresión causada en Fred Dalton.

—No juzgues por el desorden reinante, Fred. Actualmente trabajo para una importante editorial. Especializada en publicaciones de terror. Escribo narraciones cortas.

—¿Te gusta eso?

—De algo hay que vivir.

—No te gusta.

Ray Decker ahogó un suspiro.

—Correcto, Fred. No me agrada. Al principio acepté el trabajo con entusiasmo. Escribí una buena novela policíaca. No fue difícil. Mi anterior profesión me proporciona infinidad de argumentos. Una novela digna de Hadley Chase. ¿Sabes cuál fue la respuesta del editor?

Demasiado buena para ser publicada. Tiene gracia, ¿eh? Debería escribir basura. Narrar asesinatos demoníacos, desenfrenadas orgías

de sangre y sexo. Cuanto más repugnantes, más éxito... ¡Pero olvidemos eso ahora!... ¿Qué es de tu vida, Fred? Ya estoy al corriente de la fusión de Reed con la Olney. Deduzco que te aumentarán el sueldo.

Fred Dalton se había dejado caer en uno de los sillones del salón.

No correspondió a la sonrisa de Decker.

El rostro de Dalton seguía recubierto por una cadavérica palidez.

—Estoy en dificultades, Ray. La policía me acusa de asesinato.

Capítulo V

DETECTIVE SIN LICENCIA

Ray Decker escuchó atentamente la narración de su interlocutor.

Fred Dalton no omitió ningún detalle. Desde los inicios de la cena hasta que se descubrió el cadáver de Janice Coward. También relató el interrogatorio a que fue sometido por el teniente Wendkos.

—¿Cuándo se formuló la acusación de asesinato contra ti, Fred?

—Supongo que el teniente Wendkos ya estará buscándome por todo Nueva York. Salí de mi *bungalow* hace apenas una hora. Uno de los agentes de Wendkos me siguió, pero logré despistarlo en Washington Square.

—¿Por qué?

—Quería hablar contigo, Ray.

—No es motivo suficiente para burlar la vigilancia de un policía.

—No me he explicado bien, Ray. Necesito tu ayuda. Quiero que te hagas cargo del caso.

Decker arqueó las cejas.

Tras el leve estupor, esbozó una sonrisa.

—Llevamos algún tiempo sin vernos, Fred. Unos... cinco meses. ¿Has olvidado mi problema? No puedo ayudarte.

—Eres el mejor detective de Nueva York.

La sonrisa de Decker se tornó en agria carcajada.

—¿Sherlock Holmes habitando este estercolero? No, Fred... Ni soy el mejor detective ni puedo ayudarte. Conoces los motivos. Me retiraron la licencia. Hace exactamente seis meses. Creí que me la devolverían al cumplirse el semestre, pero sigo sin ella. No se ha esclarecido por completo el caso, aunque me prometen que pronto tendré la credencial en mi poder. Lo deseo con todas mis fuerzas, Fred. Pero mientras no la reciba no puedo ejercer. Si lo hago se cierra toda posibilidad. Terminaría de hundirme.

—Pero...

Ray Decker le interrumpió.

—No puedo hacerlo. Y lo lamento. ¿Crees que me ha resultado fácil vivir estos últimos seis meses? Amaba mi profesión. Era lo único que tenía. Mi licencia de detective privado era sagrada para

mí. Lo más importante. Me han ofrecido algunos trabajos sencillos que podía realizar sin riesgo, pero ni aun así acepté. El inspector Douglas me ha prometido que pronto tendré de nuevo la licencia en mi poder. No quiero echarlo ahora a rodar.

—Lo comprendo...

—¡No, maldita sea! ¡No lo comprendes! —exclamó Decker—. No tengo la licencia. Lo sabías y has acudido a mí.

—Creí que... yo... no sé explicarme, Ray. Suponía que podías actuar sin delatar tu condición de detective. Al margen de ella. De amigo a amigo. Sin la obligación de un detective hacia su cliente. Por eso burlé al policía que me seguía. No quería que te relacionaran conmigo e imaginaran que acudí en busca del detective Ray Decker.

Decker quedó en silencio.

Del bolsillo superior de su camisa extrajo la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo sin dejar de pasear por el salón.

—De amigo a amigo...

Los ojos de Fred Dalton brillaron esperanzados.

—Necesito tu ayuda, Ray... Juro que no te comprometeré. No pronunciaré tu nombre para nada. Nadie sabrá que trabajas para mí. Si llegas a verte en dificultades, negaré haber contratado tus servicios de detective.

Decker se acomodó en uno de los sillones.

Frente a Fred Dalton.

—¿Por qué diablos supones que el teniente Wendkos te estará buscando? No existen pruebas. En ese tal Frank Richardson hay también un buen sospechoso. Su broma de emplumar a la chica le...

—Hay algo más, Ray.

Decker entornó los ojos.

—¿Qué cosa?

—El teniente encontrará mis huellas en la navaja de afeitar.

—Lógico. La navaja te pertenece. Posiblemente encuentre tus huellas... y las del asesino.

—El asesino no cometería la estupidez de dejar sus huellas.

—Okay. Al borrar sus huellas también haría desaparecer las tuyas.

—¿Y si utilizó guantes? Pudo incluso tomar la navaja por la hoja. Únicamente aparecerán mis huellas, Ray.

—La navaja te pertenecía, ¿cierto? Nadie extrañará encontrar tus huellas.

Fred Dalton no hizo ningún otro comentario. Llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta para extraer un rectangular sobre.

Lo tendió hacia Decker.

—Esto es lo que me ha hecho acudir a ti, Ray. Ahora comprenderás que en verdad necesito tu ayuda. Estoy perdido... ¡Perdido!

Dalton ocultó el sobre entre sus manos.

Ray Decker abrió el sobre.

Contempló la primera de las fotografías.

Una muchacha rubia. Emplumada de pies a cabeza. Fred Dalton a su lado. Rodeando la cintura femenina con su brazo. En la siguiente fotografía aparecían ambos en el centro de una amueblada habitación. En la tercera cartulina, Dalton conducía a la muchacha hacia la contigua sala de baño.

Y la cuarta...

Ray Decker casi dio un respingo.

La muchacha rubia estaba inclinada sobre la bañera. Sin duda para abrir uno de los grifos. Tras ella, Fred Dalton. Y en su mano derecha la navaja de afeitar.

—¿Quién te ha dado estas fotografías, Fred?

—Estaban en el buzón de la correspondencia.

—¿Trucadas?

Dalton esbozó una amarga sonrisa.

—No, Ray... Ninguna está trucada. Acompañé a Janice a esa habitación. Luego fui a mi dormitorio en busca de la navaja de afeitar. La propia Janice me la pidió. Según ella era el instrumento más apropiado para quitarse aquellas malditas plumas de encima.

—¿Quién pudo tomar estas fotografías, Fred?

—Lo ignoro. Estábamos solos en el *bungalow*. Los cuatro dirigentes de la Olney & Reed Steel y yo. Las chicas permanecían en el garaje. Terminada la cena pasamos todos al jardín.

—¿Las cinco parejas?

—Sí. Bueno... Charles Parsons y una de las chicas quedaron unos minutos en el *bungalow*. Parsons debía efectuar una llamada telefónica. Luego se reunieron con nosotros.

Ray Decker volvió a contemplar las fotografías.

—Es extraño... Aún no comprendo por qué te las han enviado. Cierto que te comprometen, pero si existía una cámara oculta en ese dormitorio, sin duda filmó la muerte de Janice. Si es obra de un chantajista, ¿por qué no envía la fotografía al asesino?

—¿Crees que te oculto una quinta fotografía, Ray? ¿Una fotografía donde secciono de brutal tajo la garganta de Janice?

—Estás nervioso, Fred. Puede que esa fotografía, con la muerte de Janice, esté ya en poder del asesino.

—¿Qué insinúas?

Decker pasó el dorso de la mano por los resecos labios.

Volvió a echar en falta una botella de whisky.

—En mis años de detective privado, me he encontrado con casos semejantes. Tipos importantes que celebran una alegre fiesta rodeados de chicas bonitas. Las muchachas son manejadas por una poderosa organización. Se instalan varias cámaras fotográficas en distintos puntos de la casa. Todo será filmado, y luego se procederá a un chantaje masivo de los componentes del *party*.

—Crees que...

—Estoy convencido. Richardson, Werner, Eggar y Parsons habrán recibido fotografías semejantes. Uno de ellos, el asesino, puede que reciba una de más. La dedicada a la muerte de Janice. El chantajista se habrá llevado una buena sorpresa. Imaginaba filmar una alegre reunión... y se encuentra con un asesinato. Uno de los magnates será exprimido al máximo.

—El asesino de Janice.

—Ajá. Le sacará hasta el último Centavo.

—Si el chantajista presentara la fotografía a la policía, yo quedaría libre de toda sospecha.

—Has hecho mal en no confesar al teniente Wendkos que llevaste la navaja a la habitación de Janice.

—Tuve miedo, Ray. Estaba aturdido y...

—Lo comprendo. Por desgracia, el chantajista no presentará esas pruebas a la policía. Las necesita para explotar al asesino.

—¿Quién puede ser el chantajista? ¿Cómo diablos pudo instalar esas cámaras en mi *bungalow*?

—¿Quién estaba al corriente del *party*?

—Frank Richardson me sugirió la posibilidad de organizar una pequeña fiesta en mi *bungalow*.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Hace una semana. También tuvo la idea de que las chicas fuesen todas rubias. El *party*; se celebraría culminando la fusión de la Olney con Reed Steel.

—Ayer.

Dalton asintió con un débil movimiento de cabeza.

—Bien, Fred. Frank Richardson tuvo toda una semana para ordenar la instalación de las cámaras.

—El no...

—Es una simple hipótesis, Fred. ¿Quién más estaba al corriente de la celebración de la fiesta?

—Billy Rogers.

—¿El fulano que reclutó a las chicas?

—Sí. Se lo advertí con tiempo. El maldito Richardson quería cinco chicas rubias. Rogers me prometió conseguirlas.

—¿Cómo entraron las muchachas en tu *bungalow*?

—Jeff Durning, mi mayordomo, las llevó al garaje. Allí permanecieron hasta que Jean Reed se hubo retirado y nosotros termináramos la cena.

—Tres personas...

—Dos. El mayordomo se enteró el mismo día. Unas horas antes a la anunciada por las chicas para su llegada.

—Okay. Durning queda descartado. Frank Richardson y Billy Rogers. ¿Alguien más?

—No.

—El caso parece sencillo... o puede complicarse hasta límites insospechados. Depende de Billy Rogers.

—¿Qué quieres decir?

—Tú encargaste a Rogers que reclutara las chicas. Aproximadamente una semana antes a la celebración de la fiesta. Rogers comenzó la búsqueda. Habló con varias chicas. Debían ser rubias y bonitas. Tal vez ellas sintieran curiosidad por conocer al... anfitrión. Cualquiera de las chicas, al corriente de que la reunión sería en el *bungalow* de Fred Dalton, pudo hacer instalar las cámaras. Saldremos de dudas tras mi conversación con Billy Rogers.

El rostro de Dalton se iluminó.

—¿Significa...? ¿Vas a ayudarme, Ray?

Decker sonrió.

—Por supuesto. Eres mi amigo, ¿no? ¿Por qué no iba a ayudar a mi mejor amigo?

—Gracias, Ray; gracias...

—¿Por qué no esperas a que solucione el caso?

Los dos hombres rieron alegremente.

—Lo lograrás, Ray. Eres el mejor detective de Nueva York.

—Detective sin licencia. Bueno... Tenemos los sospechosos. Un asesino y un chantajista. Es extraño que no hayas recibido ninguna carta junto con las fotografías. Sin duda pronto se pondrá en contacto contigo.

—Yo no tengo mucho dinero, Ray. Ciertamente disfruto de una cómoda posición, pero mi fortuna, comparada con las de Richardson, Eggar, Werner o Parsons, resulta insignificante.

—Apuesto a que esos magnates también han recibido comprometidas fotografías. ¿Has permanecido en tu *bungalow* los

últimos días?

—No. Incluso algunas noches ni tan siquiera fui a dormir. Esta última semana fue muy agitada. Debía llevar a los invitados a recorrer las instalaciones de Reed Steel, hoy bajo la denominación de Olney & Reed Steel, cambiar impresiones sobre el personal existente, inspección de clientes...

—¿Quién quedaba en tu *bungalow*?

—Jeff Durning.

—¿Solo?

—Sí. Es mi único sirviente.

—Recuerdo a Jeff. ¿Cuánto tiempo lleva contigo?

—Más de cinco años. Desde que fui nombrado administrador de la Reed Steel. Jeff goza de toda mi confianza.

—Sin embargo, ayer le ordenaste abandonar el *bungalow*.

—Fue para que los invitados no se mostraran molestos por su presencia.

—Comprendo... y espero que el teniente no lo considere un punto más en tu contra. Conozco a Wendkos. Es muy suspicaz. Podría creer que ordenaste la salida de Jeff para deambular mejor dentro del *bungalow*. Sin testigos molestos.

—Sé que todo está contra mí, Ray.

—Inconvenientes de un *public relations* perfecto —sonrió Decker, palmeando animosamente la espalda de su amigo—. Tranquilo, Fred. Regresa a tu domicilio. Posiblemente el teniente estará furioso por haberle dado esquinazo a su agente. Yo comenzaré a actuar de inmediato.

Dalton se incorporó.

Guardó las fotografías. Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo un fajo de billetes que depositó sobre la pequeña mesa del salón.

—Cinco mil dólares, Ray. —Al comprobar que Decker no hacía ademán de cogerlos, añadió—: Son tuyos, muchacho. Un anticipo a tus honorarios.

—No he sido contratado por ningún cliente, Fred. Ayudo a un amigo. Sin esperar recompensa.

—Lo sé, lo sé... Pero tampoco ignoro que necesitarás dinero para iniciar tus pesquisas. Acéptalo, Ray. Te ruego me mantengas al corriente de tus investigaciones. Puedes telefonar a mi *bungalow* o a las oficinas de la Olney & Reed Steel. Confío en ti, Ray.

Fred Dalton se encaminó hacia el *living*.

Dispuesto a abandonar el apartamento.

Ray Decker estaba apoyado en uno de los muebles del salón. Con un cigarrillo humeando en sus labios.

—Fred...

—¿Sí?

—Una última pregunta... ¿Cómo siguen tus relaciones con la encantadora Jean Reed?

—Continúo enamorado de ella. ¿Algo más?

Decker esbozó una sonrisa.

—Eso es todo, Fred. Hasta pronto.

Segundos más tarde, Fred Dalton abandonaba el apartamento.

Los grises ojos de Decker se posaron en el fajo de billetes.

Cinco mil dólares.

Aquella cantidad, bajo el riesgo de perder definitivamente su licencia de detective privado, resultaba insignificante.

Ridícula.

Ray Decker, aún consciente de lo temerario de su determinación, no pudo evitar una amplia sonrisa.

Tal vez todo saliera mal.

Puede que perdiera su licencia.

Pero con aquellos cinco mil dólares, una cosa resultaba cierta.

Por una temporada dejaría de escribir las nauseabundas narraciones para el buitre de su editor.

Capítulo VI

UN ANGEL EN MANHATTAN

La *steak house* no era elegante. No podía serlo en la zona baja de Manhattan, pero al menos la suciedad no era visible. Aquel detalle ya era digno de agradecer. Los *beefsteaks* gruesos y jugosos.

¿Se podía pedir algo más?

No.

Nada.

Los miserables habitantes del barrio Lom no eran exigentes. Se mostraban felices en su gran estercolero.

Barrio Lom, The Bowery, puente de Brooklyn...

Aquello era la antesala del infierno.

La policía, cuando las sombras de la noche envolvían Manhattan, evitaba frecuentar aquellas zonas.

Imposible de imaginar en pleno siglo XX.

Sin embargo, allí estaba.

Barrio Lom.

Refugio de los fracasados.

Ray Decker habitaba allí. En el 843 de Rains Stree.

Sólo tuvo que cruzar la calzada para penetrar en la *steak house*.

El local era amplio. Mesas y sillas se alineaban paralelamente al largo mostrador. Dos máquinas tragaperras para distraer a la selecta clientela. Casi junto a la entrada, una máquina tocadiscos. Resonaba un tema de Edgar Winter ya pasado de moda, pero que en Barrio Lom era rabiosa actualidad.

—Hola, señor Decker.

Ray Decker creyó adivinar una leve ironía en el fulano del mostrador, pero decidió pasarla por alto.

—¿A cuánto asciende mi cuenta, Curtis?

Curtis era un individuo con orejas de coliflor.

Muy sonriente.

—¡Diablos! ¿Acaso piensa pagar, señor Decker?

—Contesta a mi pregunta.

Curtis se encaminó hacia la caja registradora. La abrió consultando un pequeño cuaderno.

—Un total de... doscientos cuarenta y siete dólares con veinticinco centavos.

—¿Estás seguro?

—Sin ninguna duda. La cuenta está al día. Ya han sido descontados los cincuenta dólares que le entregó a Stella el domingo pasado.

Por los grises ojos de Ray Decker pasó un fugaz brillo. Desapercibido para el empleado del local.

Decker arrojó doscientos cincuenta dólares sobre el mostrador.

La mueca de asombro de Curtis resultó cómica.

—¿Ha asaltado el Banco de Manhattan?

—¿Dónde está Stella? —inquirió Decker ignorando el burlón comentario—. ¿Es su día libre?

—¿Día libre? A partir de hoy tendrá todos los días libres. El patrón la ha despedido. En este preciso momento está recogiendo sus pertenencias. ¡Pobre Stella!... Ya le advertí que no se mostrara tan arisca con el patrón.

—Arthur es un cerdo.

Curtis se encogió de hombros.

—No lo dudo. Tampoco a mí me resulta simpático, pero como es el patrón, beso por donde pisa.

En ese instante se escuchó un grito femenino.

Quedó bruscamente cortado.

La reducida clientela del local lo ignoró deliberadamente. Era preferible no entrometerse en los asuntos ajenos.

Unicamente Ray Decker acudió a grandes zancadas hacia la puerta situada al final del mostrador.

Curtis fue más rápido. Llegó antes, cerrándole el paso.

—Lo lamento, señor Decker. ¿No sabe leer? «Private». Es el despacho de Arthur Meeker. Prohibida la entrada.

—Apártate, Curtis.

—Ya le he dicho que...

De nuevo se escuchó un ahogado grito femenino.

Curtis ladeó levemente la cabeza. Al querer recuperar la posición normal, se encontró con el puño derecho de Decker.

En brutal impacto.

Curtis se desplomó escupiéndole un par de dientes.

Ray Decker pasó por encima del caído accionando el picaporte de la puerta. La hoja de madera cedió a su empuje.

La estancia era reducida.

Correspondía a un despacho discretamente amueblado.

Un individuo, de espaldas a la puerta, abrazaba con rudeza a una muchacha. Aproximaba su rostro al de ella pugnando por apoderarse de los labios femeninos. Para conseguir la docilidad de la joven, le soltaba intermitentes bofetadas.

Estaba muy entusiasmado en su trabajo.

No se percató de la presencia de Decker. Este avanzó veloz. Su mano izquierda se posó en el hombro del individuo obligándole a girar. De nuevo el puño derecho de Decker entró en acción. Sus nudillos aplastaron la nariz del hombre casi al mismo tiempo que la zurda le aplicaba un golpe en la boca del estómago.

El individuo se dobló tambaleante.

Decker le hizo caer de un tercer golpe en la nuca.

—¿Te encuentras bien, Stella?

El bello rostro de la muchacha estaba rojo como la grana. Más por la irritación que por las bofetadas recibidas.

—Sí, Ray... Gracias...

—¿Nos vamos?

Stella asintió con nervioso movimiento de cabeza.

Sus manos, todavía dominadas por un leve temblor, alisaron el juvenil vestido «camisero» de cuadrado escote. Sus erectos senos, seductoramente modelados bajo la tela, subían y bajaban en descompasado respirar. Se apoderó de un pequeño bolso situado sobre la mesa escritorio.

Decker le rodeó con su brazo los hombros.

—Tranquilízate, Stella.

—Sí..., tienes razón... Me he despedido, Ray. No podía seguir soportando el asedio de Arthur Meeker.

—¿Por qué no acudiste a mí? Le hubiera...

—El señor Meeker siempre se mostró correcto. Eran sus sucias miradas las que comenzaron a molestarme. Hoy, cuando le dije que quería marchar, reaccionó como un loco.

Ray Decker dirigió una mirada al desvanecido individuo.

Estuvo tentado de pisotearle las tripas.

Stella pareció adivinar aquellos pensamientos y se encaminó presurosa hacia la puerta. Allí se encontró con Curtis. Este mantenía un pañuelo en la boca. Intentando contener la abundante sangre.

—Tendrás dificultades por mi culpa, Ray. Meeker no perdonará el que...

—¡Al diablo con él!

Abandonaron el local.

Ray Decker condujo a la muchacha hacia un «Buick»

estacionado a poca distancia. El auto, aunque un potente modelo «GS», ya estaba algo pasado de moda. No obstante, conservaba sus cualidades a la perfección.

Se acomodaron en el vehículo.

Decker se hizo cargo del volante iniciando la maniobra para salir del aparcamiento. Dirigió una fugaz mirada a la joven.

—Tranquila, Stella. Arthur no me pondrá en dificultades. Saldé mi cuenta con él. Ahorrando cincuenta dólares. ¿Por qué lo has hecho, Stella?

—¿A qué te refieres?

—Demasiado lo sabes. Mi cuenta era más elevada. Tú abonaste de tu bolsillo los cincuenta dólares.

La muchacha enrojeció.

El suave rubor que se apoderó de sus mejillas acentuó aún más la belleza de su ovalado rostro.

—Ah, bueno... Yo... Meeker tiene por costumbre no dar más crédito a los que sobrepasan los trescientos dólares. Te hubiera apremiado en el pago. Adelanté una pequeña cantidad en tu nombre. Pensaba decírtelo, pero me olvidé.

Decker había detenido el auto ante un obligado *stop*.

Volvió a posar sus ojos en Stella.

La joven continuaba roja como la amapola.

Ray Decker no se percató de ello.

Los ojos de Decker quedaron fijos en un punto indeterminado.

Parecía abstraído en sus pensamientos.

Por último, se inclinó y dirigiéndose a la muchacha dijo:

—Un ángel en Manhattan... Increíble... Gracias, Stella. Me has demostrado que no estoy solo en la jungla.

Stella sonrió, algo turbada.

—Nadie está solo, Ray —afirmó.

Decker puso nuevamente en marcha el auto.

Sonrió.

En amarga mueca.

—No me impresiona tu pesimismo, Ray —continuó diciendo Stella—. Es agradable la vida. Aunque sea en el infierno de Manhattan y con ratas como Arthur Meeker.

—Te admiro, Stella. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Ya encontraré algún trabajo. Lo del *snack* de Meeker era temporal. No me gustaba aquello, pero no encontré otra cosa. Puede que ahora tenga más suerte.

—Yo necesito una secretaria.

Stella rió divertida.

—¿Para ayudarte en tus novelas?

—¡Oh, no! Por nada del mundo quisiera que las leyeras. Me han encomendado un trabajo y necesito secretaria.

—¿Es cierto eso, Ray?

—Seguro. Me han pagado para los primeros gastos. De ahí que disponga de dinero en abundancia. Te devolveré tus cincuenta dólares y, si aceptas el empleo, te ofreceré un buen sueldo. ¿Qué respondes?

—¿Cuál es tu trabajo, Ray?

—Pues... un amigo está en dificultades. Debo ayudarle.

—Y así pronto te encontrarás también tú en dificultades. Me habías dicho que te iban a devolver la licencia este mismo mes, Ray. ¿Por qué arriesgarte?

—Se trata de un amigo, Stella.

—¿Por qué no acude a la policía?

Decker sonrió irónico.

—Ya acudirá la policía a él. Es sospechoso de asesinato. Stella. Ha recurrido a mí. No puedo defraudarle.

Stella ahogó un suspiro.

Sus juveniles senos se hincharon al máximo.

Decker, que pese a estar pendiente del intenso tráfico no perdía detalle, le lanzó una vidriosa mirada.

Estaba loco por Stella.

Nunca había conocido a una mujer como ella.

Tres meses atrás, cuando entró en el *snack* de Meeker, la vio manipulando en la caja registradora. Era su primer día de trabajo allí. Stella sonreía dulcemente. Su mirada asustada. Como una paloma en un nido de gavilanes.

Pronto entablaron amistad.

«Un ángel en Manhattan.»

Sí.

Era agradable estar con Stella. A su lado. Contemplando su belleza, compartiendo su optimismo por la vida...

Era agradable comprobar que algunos aún no estaban podridos.

—Ray...

—¿Sí?

—¿Necesitas en verdad una secretaria?

—Por supuesto. Dado que carezco de la licencia, debo actuar con mucha prudencia. Tú me servirás de ayuda.

—Entonces, acepto.

En los labios de Decker se dibujó una amplia sonrisa.

No necesitaba una secretaria, pero sí a Stella. No era compasión

por verla sin trabajo. Ni gratitud por el préstamo de los cincuenta dólares.

Simplemente necesitaba a Stella.

Era una extraña necesidad. Sin duda compartida por muchos hombres. Sobre todo en las grandes ciudades. En las colmenas habitadas por millones de seres humanos. Es entonces cuando el hombre se encuentra espantosamente solo. Y lo triste es que se percata de ello.

Como el anciano del *subway*.

—Vamos a celebrar nuestro contrato de trabajo, Stella. Te voy a llevar a un lugar muy elegante.

El «Buick» recorrió la Sparr Avenue.

Ray Decker detuvo el auto frente a uno de los clubs allí existentes. No fue al azar.

Desde que salió de su apartamento ya iba con destino fijo.

El auto se hallaba detenido frente a la entrada del Spinarch.

El club donde trabajaba Billy Rogers. El individuo que proporcionó las cinco bellezas rubias para el *party* de Fred Dalton.

Capítulo VII

SEGUNDO ROUND PARA LA MUERTE

El local, dado lo prematuro de la hora, aparecía con muy poca clientela. Tres parejas en las mesas. Un individuo, acodado en el mostrador, platicaba con una madrugadora *cocktail-waitress*. La mujer, de opulentas formas acentuadas por el atrevido vestido, sonreía con falso entusiasmo. El maquillaje no ocultaba las profundas ojeras dibujadas en su rostro.

La decoración del local no era gran cosa. Más bien discreta. Sin estridencias ni alardes sicodélicos. La mayoría de las mesas circundaban una rectangular pista. Otras se alineaban a ambos lados de la sala separadas por biombos.

Decker y Stella se acomodaron en una de esas discretas mesas.

El mismo *barman* encargado del mostrador acudió a recibir el pedido.

Un gin-tónico y un whisky.

Ray Decker ofreció un cigarrillo a la muchacha. También él se llevó un emboquillado a los labios. Sus grises ojos trazaron una superficial mirada por el local.

—¿No está?

Decker desvió los ojos hacia la joven.

Algo perplejo.

—¿Quién?

—Por favor, Ray... Soy una secretaria inteligente —sonrió Stella—. Podíamos haber entrado en cualquier otro local sin necesidad de atravesar Greenwich Village; pero tú querías venir aquí. ¿A quién buscas?

Decker también sonrió.

Alargó su brazo derecho rodeando los hombros femeninos.

—No hay duda de que eres una chica lista. Mereces una gratificación.

El brazo izquierdo de Decker también entró en movimiento. Abarcando la cintura de Stella. La atrajo contra sí. Su rostro se aproximó al de ella hasta quedar unidos sus labios.

Tras recibir el beso, Stella ladeó la cabeza. Los labios de Decker se deslizaron por su mejilla.

—Ray...

La incipiente protesta de Stella quedó cortada.

Decker volvió a saborear los gordezuelos labios de la muchacha. Sintió el cuerpo de Stella estremecerse entre sus brazos aceptando y correspondiendo a la caricia.

—Estoy enamorado de ti, Stella. ¿Lo sabías?

—¿Es norma enamorarse de las secretarias? —inquirió Stella burlonamente, para paliar su turbación—. Estás olvidando el trabajo, Ray.

Decker se separó de la joven.

Sonrió jovial.

—Tienes razón... Antes has acertado. Estoy buscando a un individuo. Un tal Billy Rogers. Trabaja aquí.

Los verdes ojos de Stella fueron hacia el hombre situado tras el mostrador.

—Ese parece ser el único empleado...

—Sí. De seguro más tarde llegarán los restantes, pero me interesa hablar con Rogers en privado.

—Interroga al *barman*.

—Puede que él sea Billy Rogers. Debo obrar con cautela. Esta gente es muy desconfiada, Stella. Sin duda la policía ya habrá estado por aquí. Lo mejor es presentarme como amigo de Rogers.

El individuo que estaba con la *cocktail-waitress* abandonó el local. La mujer llamó al *barman*. Por su nombre.

Donald.

Ray Decker y Stella intercambiaron una rápida mirada.

—Bien, pequeña —sonrió Decker terminando su whisky—. Ya no hay riesgo a espantar la caza. Ese fulano no es Billy Rogers. Voy a hacerle algunas preguntas. Espera aquí.

Decker se incorporó y avanzó con despreocupado paso hacia el mostrador.

El llamado Donald estaba sirviendo un doble de ginebra a la mujer. Esta vació el vaso de un solo trago. Sin pestañear.

—Eh, Donald...

El *barman* acudió a la llamada de Decker.

—¿Qué desea, señor?

—No veo a Rogers por aquí. ¿Cuándo empieza su turno?

Donald arrugó instintivamente la nariz. Entornó los ojos para dirigir una suspicaz mirada a Decker. También la mujer, acomodada en el taburete cercano, lanzó una penetrante mirada a Decker.

Ray Decker forzó una sonrisa.

Consciente de que algo marchaba mal.

Sacó un fajo de billetes.

—Oye, Donald... Billy me habló de ti —mintió Decker con aplomo—. Le debo cien dólares por las últimas apuestas que me cursó. Me largo unos días de Nueva York y quisiera dejar saldada la deuda. Ya sabes cómo es Billy de quisquilloso. No quiero que piense que me voy sin pagarle. ¿Dónde puedo localizarle?

Donald comenzó a reír.

—Tiene gracia... ¿Has oído eso, Susan?

Susan cruzó las piernas para mejor situarse sobre el taburete. El espectáculo de sus largos y esbeltos muslos, aunque fugaz, fue endiabladamente provocador. Los cansinos ojos de la mujer se posaron en Decker,

—Olvida a Billy, querido. Es un buen consejo.

—Le debo...

—Emborráchate con esos cien dólares. Yo puedo ayudarte a gastarlos, querido. Billy Rogers ya no los necesita. Está muerto.

Decker poseía nervios de acero.

Sus facciones no se alteraron.

—Muerto... ¡Diablos! Hace apenas unos días hablé con él.

—Seguro. Y ayer mismo estaba aquí trabajando —dijo Donald—. Esta mañana se presentó la policía. Un tal teniente Wendkos me hizo preguntas sobre Billy. Le habían encontrado muerto en su apartamento.

—Billy era un gusano —murmuró Susan.

—Respeto a los muertos, nena.

—Sabes que tengo razón, Donald —replicó la mujer—. Billy tenía que acabar así. Degollado como un cerdo.

—¿Degollado? —repitió Ray Decker sin poder evitar un escalofrío.

Susan asintió con una sonrisa.

—Sí, querido. Tal vez salga en los vespertinos de hoy. Billy Rogers fue degollado. Le asesinaron con su propia navaja de afeitar.

* * *

En efecto.

Los diarios vespertinos dedicaban un recuadro a la muerte de Billy Rogers. En la última edición. Muy pequeño. Insignificante. El simple asesinato de un hombre no era noticia en Manhattan.

«Billy Rogers. Cuarenta años de edad. Empleado de un local de Greenwich Village. Hallado muerto en su domicilio. Degollado con una navaja de afeitar. Se desconocen los

móviles del crimen.»

Ray Decker arrojó el periódico a una de las papeleras de la calzada.

—¿Qué hacemos, Ray?

Habían abandonado el club.

Hacer muchas preguntas allí podía resultar sospechoso. Máxime temiendo la posible aparición del teniente Wendkos. De seguro volvería por el Spinarch.

—No lo sé, Stella..., no lo sé. Billy Rogers era mi única pista. El único en conducirme a las chicas que acudieron a la fiesta.

Stella, que había sido puesta en antecedentes por Decker, dibujó en su rostro un gracioso mohín.

—¿Las chicas? ¿Qué interés puedes tener en ellas, Ray? Abandonaron el *bungalow* de tu amigo antes de cometerse el crimen.

Decker se llevó un cigarrillo a los labios.

Pensativo.

—Debo descubrir a un asesino... y a un chantajista. Creo incluso que urge más la caza del chantajista. Posee fotografías muy comprometidas para Fred Dalton. El instalar las cámaras en el *bungalow* no fue obra de unos minutos. Cualquiera de las chicas puede estar complicada en el chantaje. ¡Maldita sea!... ¡Si pudiera actuar abiertamente!

—¿A qué te refieres?

—Empezaría por interrogar a los invitados. Stanley Werner, Frank Richardson, Ralph Eggar... Apuesto a que también ellos son víctimas de chantaje.

—Puedes ir a...

—No, Stella —interrumpió Decker pasando el brazo derecho por los hombros de la muchacha—. No puedo. De presentarme como simple amigo de Dalton, no confiarían en mí. ¿Detective privado contratado por Dalton? Posiblemente entonces sí se decidieran a hablar, pero también me hundiría yo. Tengo muchos enemigos, Stella. Sucios hijos de perra que esperan a que cometa el menor fallo para caer sobre mí... para terminar de hundirme en el fango... La licencia de detective es lo único que me queda.

Stella se aproximó a él.

Sonriéndole animosamente.

—No acabarán contigo, Ray.

Decker sintió el turbador contacto del cuerpo femenino. Deslizó el brazo derecho para abarcar la cintura de Stella.

Tras visitar el puesto de periódicos, retornaron al estacionado

«Buick».

—Puedo jugar una segunda baza, Stella. No es la primera vez que Gary Milland me echa un cable.

—¿Quién es Gary Milland?

—Pues... mi «agente de información». Milland es una especie de computadora. Sus honorarios son elevados; sin embargo, te compensa con una máxima discreción.

—¿Es tu amigo? ¿Puedes confiar en él?

—¿Confiar? No, pequeña. Para sobrevivir en la jungla es preciso no confiar en nadie. No obstante, voy a llamarle.

Ray Decker divisó una cabina telefónica en una de las esquinas. La muchacha esperó en el exterior.

El número estaba grabado en la mente de Decker. Atrapó el auricular mientras su dedo índice recorría el dial. Se escuchó la señal de llamada. Y a los pocos segundos la gangosa voz de un hombre.

Decker le reconoció.

—Hola, Gary. Soy Decker.

Se produjo una leve pausa.

—¿Decker? ¡Diablos, muchacho! ¿Aún estás vivo?

—Eso parece.

Una desdeñosa risita llegó a través del micro.

—He leído algunas de tus nauseabundas narraciones de terror, Ray. Deliciosamente repugnantes. Yo en tu lugar me dedicaba por completo a la literatura. ¿Te alcanza para comer?

Ray Decker sonrió.

Muy pocos conocían sus trabajos para la editorial. Firmaba con seudónimo. Pero nada escapaba a Gary Milland.

—Nado en la abundancia, Gary. Me sobran quinientos dólares que no sé cómo gastar. Por eso te llamo.

Una segunda pausa.

El leve jadear de Milland era audible.

—¿Ya tienes la licencia en el bolsillo, Ray?

—Demasiado sabes que no.

—Comprendo. Corres el riesgo, ¿eh, muchacho? *Okay*. Jamás doy consejos. Sólo información. ¿Qué quieres saber?

—Billy Rogers.

Milland era individuo de reflejos.

No titubeó.

—Ah, sí... Billy Rogers... Se estaba afeitando esta mañana en su casa. Se apuró demasiado y terminó por degollarse.

—Sigues con tu alegre sentido del humor, Gary. Ya conozco la

muerte de Rogers. Proporcionó cinco chicas para una fiesta. Una de ellas fue asesinada.

—También sé esa historia, Ray. Ocurrió en el *bungalow* de un tal Fred Dalton. No hay nada mejor que leer los periódicos para estar bien informado.

La voz de Gary Milland rezumaba ironía.

—Quiero entrar en contacto con esas chicas, Gary. Sé sus nombres, aunque ignoro si son los verdaderos. Margaret, Diana, Judith y Deborah. No eran compañeras de la mujer asesinada, Janice Coward; pero sí tenían algo en común. Rubias, jóvenes y bonitas.

—¿Todas ellas?

—Sí.

—¡Diablos!... Debió ser un divertido *party*.

—¿Puedo contar con la información?

—Seguro. Resultará sencillo. Billy Rogers era un fulano muy popular. Estaba relacionado con la Maña del Vicio. ¿Lo sabías?

La diestra de Decker se aferró con fuerza. al auricular para hacer blanquear los nudillos.

—No..., ignoraba el detalle.

—Actúa con prudencia, muchacho. Si la Mafia del Vicio está relacionada con tu caso, te aconsejo prepares el testamento. Ya sabes cómo las gastan.

La Mafia del Vicio...

Una siniestra organización que controlaba todos los centros de diversión de Nueva York. Desde el mísero tugurio a los elegantes *night-clubs*. Todo un imperio ele vicio y corrupción. Drogas, juegos ilegales, traía de blancas, chantajes...

Ray Decker recordó a su vecina Doris.

Doris, la mujer que debía pagar una cuota de «protección» a George Marley. Este era uno de los miembros de la Mafia del Vicio.

—¿Sigues ahí, Ray?

—Sí, Gary. ¿Cuándo tendré la información?

—En un par de horas. ¿Dónde puedo telefonearte?

—Yo lo haré, Gary.

—*Okay*. ¿Investigas el asesinato de la chica emplumada? —al no recibir respuesta, Milland rió en estridente carcajada—. Tranquilo, Ray. Jamás comprometo a mis clientes. Sólo era para comunicarte una noticia de última hora. Hace tan sólo unos cuarenta minutos se ha detenido al asesino.

—¿Al asesino?

—Ajá. Un gran triunfo de nuestro amigo el teniente Wendkos.

Decker, aunque temía la respuesta, inquirió;

—¿Quién es el asesino?

—Fred Dalton.

Capítulo VIII

EL CHANTAJISTA

Jean Reed disponía de una lujosa mansión en el *borough* de Richmond. Un maravilloso *bungalow* que sólo utilizaba en algún *week-end*. Su domicilio más habitual era un apartamento en la aristocrática Quinta Avenida neoyorquina.

Era allí donde conversaba con los cuatro magnates del acero.

Cuatro leones enjaulados.

Charles Parsons parecía el más furioso. Mordisqueaba el cigarro paseando de un lado a otro del espacioso despacho.

—¡La noticia era del dominio público en Chicago! Henry Hutton, el periodista especializado en remover basuras, ya ha publicado un extenso artículo en su sensacionalista semanario. Mi secretaria de Chicago me ha leído el titular. «Los grandes del acero culminan su orgía con el asesinato de una muchacha». ¡Demandaré al bastardo de Hutton! ¡Hundiré su nauseabundo semanario!

—Cálmate, Charles.

El ruego de Ralph Eggar no fue escuchado.

—¿Calmarme...? ¡Figuran nuestros nombres, Ralph! ¡Como sospechosos de asesinato!

—Ya han detenido a Dalton.

—¿Y puedes borrar con eso lo publicado? No, Ralph. Henry Hutton fue endiabladamente rápido. Ignoro cómo logró enterarse de lo ocurrido en el *bungalow* de Dalton. Con todo detalle. Incluso lo de emplumar a la chica. ¡Todo se publicó en una de las últimas ediciones de la mañana!

—También les llegará la noticia de la detención de Fred Dalton.

—Fred no es culpable —dijo Jean Reed interviniendo por primera vez en la conversación.

Los cuatro hombres posaron sus miradas en Jean.

Estaba en pie. Junto a la mesa escritorio. Luciendo un largo vestido de noche. Dos finos tirantes se anudaban a su cuello, dejando la espalda al descubierto.

Pero ninguno de los cuatro hombres prestó atención al escultural cuerpo de Jean.

Estaban demasiado inquietos.

—El teniente Wendkos le ha detenido, Jean —comentó Frank

Richardson—. Bajo la acusación de asesinato.

—Es inocente.

Charles Parsons profirió una soez maldición. Muy poco acorde con su aspecto de perfecto *gentleman*.

—¡Al diablo con Dalton! ¡Ahora nos interesa la Olney & Reed Steel!

El bello rostro de Jean no se alteró.

—¿Qué te preocupa, Charles?

—¿Acaso no lo comprendes? La Olney & Reed Steel ha empezado a funcionar recientemente. Muchos millones de dólares están en juego. Las acciones comienzan a elevarse como la espuma. La nueva compañía es una inversión segura. ¿Cómo crees que reaccionarán ahora?

—Estás desorbitando las cosas, Charles.

—No, Jean, no... Soy zorro viejo. En Chicago tenemos muchos y poderosos competidores. No desaprovecharán esta oportunidad para hundimos. Los cuatro dirigentes de la flamante Olney & Reed Steel involucrados en un escándalo que culmina con la muerte de una muchacha de dudosa reputación.

—El público ya se ha acostumbrado a esas... pequeñeces.

—Acabarán con nosotros..., nos hundirán...

—Absurdo. La Olney & Reed Steel es fuerte. Pronto se olvidará lo ocurrido. La pronta detención de Fred os ha salvado.

—Tú aseguras que es inocente —dijo el sudoroso Werner.

Jean asintió.

—En efecto. Al igual que os considero inocentes a vosotros. ¿Por qué ibais a matar a esa chica? Creo que algo turbio se esconde tras ese asesinato.

Los cuatro hombres se miraron entre sí.

Parecían compartir un secreto.

Jean se percató de ello.

—¿Ocurre algo que yo ignoro?

Ninguno respondió.

Sonaron unos discretos golpes a la puerta. Tras recibir la autorización de Jean, se abrió la hoja de madera dando paso a una doncella de color. Portaba una bandeja. Sobre ella una pequeña cartulina.

Jean atrapó la tarjeta leyendo el nombre impreso.

—¿Está aquí?

—Sí, señorita Reed —replicó la sirvienta—. Espera ser recibido.

Jean desvió la mirada hacia los cuatro hombres.

—Disculpadme unos minutos...

La muchacha abandonó el despacho. Tras recorrer un alfombrado pasillo, llegó a uno de los salones.

Allí le esperaba Ray Decker. De espaldas a la puerta. Contemplando uno de los artísticos cuadros que adornaban la estancia.

—Hola, Ray.

Decker giró.

Sus grises ojos no ocultaron un brillo de sincera admiración.

—Buenas noches, Jean. Cada día más seductora —sonrió Decker, cubriendo entre sus manos la diestra de Jean—. ¿Te sorprende mi visita?

—Sabes que siempre eres bien recibido, Ray. Has denegado mi invitación en infinidad de ocasiones. Ahora... creo conocer el motivo de tu visita. Te has enterado de lo de Fred, ¿verdad?

—Sí. ¿Cuándo le han detenido?

—Se disponía a almorzar conmigo, cuando se presentó el teniente Wendkos.

—¿Ya se había descubierto el cadáver de Billy Rogers?

—Precisamente eso fue lo que decidió al teniente. Rogers fue asesinado entre las diez y las doce horas. En ese tiempo, Fred cometió la estupidez de burlar la vigilancia de uno de los policías. No quiso revelar el lugar dónde había ido.

Ray Decker entornó los ojos.

Fred Dalton le había visitado alrededor de las once horas.

—Entonces..., ¿también le acusan de la muerte de Billy Rogers?

—Sí, Ray. Es horrible... El teniente Wendkos asegura que las únicas huellas encontradas en la navaja de afeitar, pertenecen a Fred. Le he enviado al mejor de los abogados, pero sé que eso no será suficiente. Todo le acusa, Ray. ¡Todo! Oh, Dios mío...

—Tranquilízate, Jean.

Las crispadas manos de la muchacha se aferraron al brazo de Decker.

—Ray..., tú puedes ayudarle. ¿Lo harás? Sé que no es prudente que actúes como detective privado, pero prometo recompensarte si...

—Fred es mi amigo —interrumpió Decker—. Le ayudaré. Por eso estoy aquí. Todo saldrá bien. Por el momento puedo demostrar la inocencia de Fred en la muerte de Billy Rogers. Fred se encontraba en mi apartamento de Rains Street.

Jean agrandó los ojos.

—¿Es cierto eso? ¿Por qué no se lo dijo al teniente?

—Fred no quiso comprometerme. Me pidió que investigara su

caso.

—Comprendo...

—Descubriré al culpable, Jean. Si antes de veinticuatro horas no consigo que suelten a Fred, me presentaré al teniente para confirmar su coartada.

—Puede que con ello pierdas definitivamente tu licencia, Ray. Decker sonrió.

—Lo único que importa es salvar a Fred. Quisiera hablar con los cuatro invitados a la fiesta. Me refiero a tus socios en la Olney & Reed Steel. ¿Puedes proporcionarme una entrevista con ellos? No es prudente que acuda al hotel.

—Están aquí, Ray.

—¿Aquí...? ¡Diablos! Eso es tener suerte.

—Llegaron hace unos minutos. Están muy preocupados. Temen por el futuro de la compañía. No se conforman con la detención de Fred. Tienen miedo.

De nuevo en el rostro de Decker se reflejó una fría sonrisa.

El sí conocía los temores de aquellos cuatro hombres.

Sin duda también habían recibido comprometidas fotografías del chantajista.

—¿Cómo te presento a ellos, Ray? No puedo decirles que eres detective privado. Tal vez lo comenten con el teniente Wendkos.

—Un amigo de la familia, Jean. Simplemente eso. ¿Correcto? Jean asintió colgándose del brazo de Decker.

Sonriente.

Confiaba en Decker.

Confiaba ciegamente en aquel detective sin licencia.

* * *

Jean Reed abaniquo repetidamente sus largas pestañas.

—¿Y Ralph?... ¿Dónde está el señor Eggar?

—Tenía una cita —comentó Frank Richardson—. Nos rogó que le disculparas.

Las presentaciones ya habían sido hechas.

Parsons, Richardson y Werner contemplaban con inquisitiva mirada a Ray Decker. El que Jean le hubiera conducido hasta allí, significaba algo.

Los grises ojos de Decker se posaron en la muchacha.

—¿Nos puedes dejar a solas, Jean?

—Por supuesto, Ray. Inspeccionaré la cocina. Te quedarás a cenar, ¿verdad?

—Me es imposible, Jean. Otro día.

La joven sonrió abandonando el despacho.

Ray Decker se encaminó hacia una mesa-carro donde se alineaban varias botellas de cristal tallado y copas. Se sirvió un brandy. Tras paladear el líquido, dirigió una irónica mirada a los tres magnates.

—Bien, caballeros. Estoy aquí para ayudarles.

Los tres hombres se mostraron algo perplejos.

Frank Richardson fue el primero en reaccionar.

—Es su amigo Dalton el que se encuentra en dificultades, Decker.

—También ustedes.

—La acusación de asesinato no...

—¡Asesinato! —interrumpió Decker, mordaz—. ¿Quién habla de eso? Quiero salvarles del chantajista. ¿Me pueden mostrar las fotografías?

Ahora el estupor sí fue patente en los tres individuos.

—¿Cómo..., cómo sabe...? —tartamudeó Charles Parsons.

—Dalton también las ha recibido.

—¿Quién es usted realmente, Decker?

—¿No han oído a Jean? Un amigo de la casa. Por favor, señores... Conozco detalladamente lo ocurrido en el *bungalow*. Contado por Fred Dalton. Me enseñó unas fotografías que fueron depositadas en su buzón de correspondencia. Dudo que el chantajista se ponga en contacto con él, ya que Dalton está detenido. Sin embargo, ustedes sí habrán recibido más noticias. ¿Me equivoco?

Los tres hombres intercambiaron inquietas miradas.

Desconfiaban de Ray Decker.

—No deben temer nada —dijo Decker leyendo sus pensamientos—. Quiero ayudarles. Mi deseo es salvar a Fred Dalton y descubrir al chantajista. Tienen mi palabra de honor de que las fotografías no serán comentadas con nadie.

Charles Parsons llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un sobre que tendió a Decker.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó Richardson rojo de ira.

Parsons se encogió cansinamente de hombros.

—¿Para qué seguir negando? Decker lo sabe. Tal vez pueda ayudarnos. Nuestra situación es extremadamente delicada.

Ray Decker estaba contemplando las fotografías.

Cuatro.

Tres de ellas habían sido tomadas en el jardín. Las dos primeras

representaban a Charles Parsons muy acaramelado con una escultural rubia. En la tercera aparecía junto con Werner y Richardson. Los tres se dedicaban a emplumar a la infortunada Janice.

La cuarta fotografía...

Dinamita.

Sí.

Aquella era dinamita para el honorable Charles Parsons. Había sido tomada en el *bungalow*. Parsons y su rubia en el salón.

—¿Cuándo las recibió, Parsons?

—Tras el interrogatorio del teniente Wendkos, regresamos al hotel. Ya nos esperaban en nuestros respectivos casilleros en recepción.

—Todo muy rápido... ¿Me permite sus fotografías, Richardson?

Frank Richardson dudó. Fue el adiposo Werner, cuyo sempiterno sudor parecía haberse acentuado, el que ofreció un rectangular sobre a Decker.

También cuatro cartulinas.

Todas ellas en el jardín.

Stanley Werner y su correspondiente rubia en una de las tumbonas. Otra dedicada al emplumado de Janice. Werner parecía haber tomado parte activa. Y con gran entusiasmo. Al fondo, junto a una larga mesa, un individuo permanecía al margen. Debía ser Ralph Eggar.

Frank Richardson se decidió, alargando sus fotografías a Decker.

Cuatro parecía ser el número elegido por el chantajista.

Fotografías muy semejantes a las tomadas a Stanley Werner. Todas ellas en el jardín.

—¿Ninguna otra fotografía, señores?

Los tres hombres denegaron.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Decker. Estaba seguro de que existía alguna otra.

Representando al asesino en el momento de seccionar la frágil garganta de Janice.

—¿Se ha puesto el chantajista en contacto con ustedes?

—Sí. Hace apenas un par de horas —murmuró Parsons—. Nos telefoneó al hotel. Pide medio millón de dólares.

—Bonita cantidad.

—A cada uno de nosotros.

Ray Decker desorbitó los ojos.

—¿Dos millones?

—Millón y medio. Ralph Eggar está al margen. No ha recibido ninguna fotografía.

—¿De veras? Es extraño...

—No lo crea, Decker —argumentó Stanley Werner, pasándose un pañuelo por el sudoroso rostro—. Eggar es un individuo refinado y galante con las damas. Su comportamiento en el *bungalow* fue... digamos, ejemplar. Tampoco participó en la broma a Janice.

—Millón y medio de dólares... ¡Está loco!

—¿Loco? Todo lo contrario. Es un hombre inteligente —la voz de Parsons sonó ronca y alterada—. Conoce el terreno que pisa. De no pagar lo que pide, hundirá la Olney & Reed Steel.

—Oiga, Parsons, estas fotografías no escandalizarían a un niño de diez años. El mundo está podrido y todos lo sabemos. Hay *affaires* de esta índole casi a diario. Y nadie se rasga las vestiduras.

—Por supuesto, Decker. Y la solución es dimitir, pero nosotros no podemos hacer eso. Formamos una sociedad. Además, en mi caso particular, mi mujer es propietaria de la mitad de mis acciones. ¿Cómo - cree que reaccionará? En Chicago somos personas admiradas. Stanley Werner es presidente del Comité Cívico de Buenas Costumbres... Los competidores organizarán una campaña contra nosotros, las acciones de seguro experimentarán considerable baja, clientes impresionados por el suceso cancelarán sus pedidos... ¡Sería el caos!

—Pero un millón y medio de dólares es...

—Los vamos a pagar, Decker. Ya está decidido. Ciertamente se trata de una suma importante, pero el mal será menor que si esas fotografías salieran a la publicidad.

Decker chasqueó la lengua.

—Un chantajista es el individuo más repugnante que existe. Jamás se dará por satisfecho. Les seguirá exprimiendo.

—Nos dio su palabra. Entregará las películas a cambio del dinero. Mañana a primera hora tendremos reunido el millón y medio de dólares. Se pondrá en contacto con nosotros para proceder al cambio.

—Mi consejo es que denuncien el hecho a la Policía.

—¿Al teniente Wendkos? —rió Richardson en desdeñosa carcajada—. ¡Lo pregonaría a los cuatro vientos! Ya estamos arrepentidos de haberle enseñado a usted estas fotografías, Decker; aunque confiemos en su discreción.

—¿Puedo servirles de enlace? Me comprometo a efectuar el cambio con el chantajista, pero sigo opinando que es un error ceder

a sus exigencias.

—Nosotros sabemos lo que más conviene, Decker. La Olney & Reed Steel es la compañía de acero más importante y poderosa de Estados Unidos. Este millón y medio de dólares, aunque desembolsados lógicamente de nuestro capital particular, los recuperaremos pronto. Pero si caemos en desgracia ante la opinión pública, todo se derrumbará como un castillo de naipes. Usted no puede comprenderlo. ¿Recuerda lo ocurrido con Nixon en el caso Watergate? La Bolsa bajó, sufriendo escalofriantes crisis. Werner, Richardson y yo estamos en un pedestal. Ya nos hemos tambaleado al ser involucrados en el asesinato de Janice. Publicar esas fotografías sería el fin. Tres magnates del acero, hombres respetables de Chicago, dedicándose a emplumar a una chica en desenfundada orgía. No, Decker. Pagaremos y se cerrará el asunto.

—No será tan sencillo, Parsons.

—No somos tontos. El chantajista nos dará toda clase de garantías si quiere el millón y medio de dólares. Pensaremos su ofrecimiento, Decker. De decidir su colaboración, le avisaremos por conducto de Jean Reed.

Ray Decker devolvió las fotografías.

En su mente quedaron grabados los rostros de las muchachas. También el de Ralph Eggar.

—Ha sido un placer, caballeros.

—Oiga, Decker...

Ray Decker, ya con la mano derecha sobre el picaporte, giró.

—¿Sí?

—¿Dice que su amigo Dalton también ha recibido comprometidas fotografías?

—Cierto, Richardson.

—Fred Dalton permaneció siempre al margen de la fiesta. Ninguno de sus actos resultó incorrecto. ¿Qué fotografías le fueron hechas? Otro detalle que me intriga... ¿Por qué chantajear a Dalton? El no dispone de nuestra fortuna.

—Lamento no poder solucionar sus dudas, Richardson. Buenas noches.

Ray Decker abandonó el despacho.

Pensativo.

También a él le intrigaban las preguntas de Richardson.

¿Por qué chantajear a Dalton? De él no iban a sacar gran cantidad de dinero, pese a que sus fotografías eran de las más comprometedoras. Empuñando la navaja de afeitar a espaldas de Janice.

—¿Te ibas sin despedirte, Ray?

Decker movió la cabeza.

Jean acudía a su encuentro procedente de una de las habitaciones del corredor.

—Perdona, Jean... Estaba pensando...

—Yo puedo responder a las preguntas de Richardson. —Ante el estupor de Decker, la muchacha sonrió con picardía—. Dejé el interfono conectado. Pude oír toda la conversación.

—La curiosidad es un feo vicio, Jean.

—Sospechaba el chantaje, Ray. Si Fred fue fotografiado, también los demás.

—¿Te enseñó Fred las fotografías?

—No.

—¿Entonces...?

—El chantajista tuvo la gentileza de enviarme unas copias.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Amo a Fred. Un sentimiento que no parece haber pasado inadvertido para el chantajista. Si la fotografía de Fred con la navaja llega a poder de la policía, ya nada podrá salvarle. Eso lo sabe el chantajista. Soy yo quien debe entregar el medio millón de dólares correspondiente a Fred Dalton.

Capítulo IX

RUBIA, GUAPA... Y MUERTA

Ray Decker abrió la portezuela del «Buick» para introducirse en el vehículo.

Stella estaba acomodada en el asiento delantero. Con la corta falda por arriba de la mitad del muslo. Aquel juvenil minivestido camisero acentuaba la perfección de su cuerpo.

Decker recreó por un instante la mirada.

—¿No me has oído, Ray?

—¿Cómo?

—Pregunto el resultado de tu visita.

—Ah... Endiabladamente mal. También ellos son sometidos a chantaje. Y dispuestos a pagar. El chantajista se embolsará dos millones de dólares.

—¿Dos millones? —parpadeó Stella—. Es una broma, ¿verdad?

Decker rió en seca carcajada.

Introdujo la primera velocidad iniciando la marcha.

—Nada de eso, pequeña. Son tipos importantes. De intachable reputación. Ciertas escenas con muchachas en bikini o emplumando a Janice Coward no pueden ser publicadas. Están dispuestos a pagar. Los millones los recuperarán pronto explotando a los trabajadores de la Olney & Reed Steel.

—Gente importante...

—Seguro, Stella. Llegaron a Nueva York a bordo de un «Learjet». Un birreactor para grandes directivos que no quieren someterse a horarios de compañías aéreas. En Chicago disponen de una flotilla de reactores de su propiedad. Son ilustres VIP.

—Ten cuidado con ellos, Ray.

Decker volvió a sonreír en dura mueca.

—Sí..., son peores que las ratas de los barrios bajos. Les conozco bien. Por culpa de un bastardo VIP estoy sin licencia.

—Te la devolverán, Ray.

—Empiezo a dudarle. Tú conoces la historia, Stella. Logré descubrir una red de espionaje industrial... El jefe de la organización era un honorable funcionario de Washington. ¡Increíble! ¡No podía ser cierto! Presenté las pruebas en el mismísimo Departamento de Justicia. En las oficinas del FBI. Y esas

pruebas desaparecieron misteriosamente. El fulano importante me acusó de difamación. Me es retirada la licencia y se abre una investigación. Mientras tanto, el jefe de la organización sigue en su importante cargo de Washington.

—Reconocerán su error, Ray.

—Es posible, Stella. Pero las bocas se cierran con un puñado de dólares. El soborno está a la orden del día. La verdad es pisoteada una y otra vez. No pienso volver a hacer de caballero andante. No me pillaré los dedos. Si la Olney & Reed Steel está dispuesta a entregar dos millones de dólares a un chantajista, allá ellos. Sólo me interesa demostrar la inocencia de Fred Dalton.

El «Buick» se había aproximado a la zona de Chelsea.

Stella, consciente de la irritación de Decker, le sonrió apretándose contra él. Le dificultaba el conducir, pero Decker no elevó protesta alguna. El contacto del cuerpo femenino calmó sus alterados ánimos.

Minutos más tarde, el auto se detenía a poca distancia de un discreto restaurante.

Saltaron a tierra.

Decker rodeó los hombros de la muchacha.

—Dejo a tu elección el menú, Stella. Mientras, efectuaré una llamada telefónica.

Stella se acomodó en una de las mesas. Hasta el regreso de Decker tuvo tiempo de solicitar el menú, tomar el aperitivo y fumar dos cigarrillos.

—Perdona mi tardanza, pequeña —sonrió Decker, sentándose a la mesa—. Gary Milland es muy locuaz. Ya tengo los nombres de las chicas que acudieron al *bungalow* de Dalton. Todas ellas trabajan en clubs de Greenwich Village. Dos de ellas, Diana Moody y Margaret Wilder, en el «Parrot».

—¿The Parrot? ¿No es ahí donde actúa tu vecina de apartamento?

—Ahá. Doris me será de mucha ayuda.

—Ya lo era antes, ¿no?

Decker adivinó un leve rencor en la voz de la joven.

—¿Celosa?

—Sí.

La sincera respuesta de la muchacha sorprendió a Decker. Se inclinó para besar los carnosos labios de Stella.

—Doris es una buena chica. Demasiado castigada por la vida.

—¿De veras?

Decker se disponía a besar por segunda vez los labios

femeninos, cuando la inoportuna llegada del camarero frenó su impulso.

Concluida la cena, y tras una breve y amena sobremesa, abandonaron el local.

De nuevo a bordo del «Buick». El auto descendió paralelamente a la Avenue of the Americas para adentrarse en Greenwich Village. El tráfico era intenso. Capaz de poner a prueba los nervios más templados.

Infinidad de luminosos de neón parpadeaban ya alegremente.

Manhattan iniciaba su vida nocturna.

Decker detuvo el auto en las cercanías al Washington Square. Tuvieron que recorrer un corto trayecto hasta llegar a The Parrot.

La sala de fiestas estaba ya en pleno apogeo.

El local era un perfecto tugurio. El conjunto de perfumes, sándalo, almizcle y clavo se entremezclaba con el clásico hedor a bestia humana. Con nauseabundo resultado. Una densa cortina de humo, unida a la pecaminosa oscuridad del salón, dificultaba la visión.

Las parejas danzaban en la pista.

Eran como una enorme masa de carne humana apelotonada desordenadamente.

—Bonito lugar, ¿eh?

—Maravilloso —respondió Stella, correspondiendo a la ironía de Decker—. Siempre soñé con frecuentar los elegantes *night-clubs* de Nueva York.

Ray Decker se abrió paso hacia el mostrador.

La fauna era muy variada. Hombres y mujeres de dudosas costumbres se confundían con elegantes del Alto Manhattan. Con adinerados individuos que descendían a los estercoleros en busca de emociones fuertes y placeres prohibidos.

—¿Encuentras a las chicas, Ray?

—¡Apenas puedo verte a ti! —rió Decker, rodeando la cintura de la joven—. Esperemos a que se enciendan las luces. ¿Qué quieres tomar?

Cuando uno de los empleados hubo servido el pedido, la orquesta cesó. Se encendieron algunas de las luces. Muy pocas. Las parejas abandonaron la pista.

Un tipo de largas patillas y amanerados movimientos anunció la actuación de Doris.

—Te va a caer la baba, Ray.

—¿Aún celosa? —Decker bajó la cabeza, besando a Stella tras el lóbulo de su oreja izquierda—. ¿Quieres más pruebas de mi

amor? Yo no...

Ray Decker se interrumpió.

Quedó rígido.

Con la mirada fija en una pareja que pugnaba por aproximarse a la salida.

—¿Qué ocurre, Ray?

—Aquel individuo... es Ralph Eggar. Y la rubia que le acompaña Diana Moody.

—¿Estás seguro?

—Sin ninguna duda. Grabé las fotografías en mi mente.

—¿Qué hace un magnate de la Olney & Reed Steel en un lugar como éste?

—Es lo que voy a averiguar —Decker arrojó unos dólares sobre el mostrador—. Tú te quedarás aquí, Stella.

—¡Oh, no, por favor!...

—Sin protestar. Escucha con atención, Stella. Cuando Doris termine su *show*, te acercas a ella y le pides que te ponga en contacto con Margaret Wilder.

—¿Te esperamos aquí?

Decker entregó unas llaves a la muchacha.

—Si no regreso antes de treinta minutos, lleva a Margaret a mi apartamento. Esperadme allí.

—Puede que Margaret no esté dispuesta a acompañarme.

—No le menciones para nada el asunto que nos ocupa. Dile simplemente que puede ganar quinientos dólares. Eso la convencerá. Si surgen dificultades, Doris te ayudará. Es una...

—Sí, lo sé. Es una buena chica.

Ray Decker sonrió palmeando la mejilla de la joven.

—Eso es. Procuraré regresar pronto. Tampoco a mi me agrada dejarte aquí.

Decker se alejó del mostrador a grandes zancadas. Profirió una soez maldición cuando se apagaron las luces del local.

Un foco de rojiza tonalidad iluminó el centro de la pista.

Allí estaba Doris.

Con un reducido «dos piezas» de encaje con tela color carne opaca debajo. A primera vista parecía lucir un traje de Eva. El efecto era el mismo.

Doris comenzó a bailar al compás de una música sensual.

Ray Decker lamentó perderse el espectáculo, pero ya había alcanzado la puerta abandonando el local. Se detuvo unos instantes lanzando rápidas miradas a izquierda y derecha.

Ni rastro de Eggar y la rubia.

Decker se dirigió al uniformado portero de la sala de fiestas. Con unos billetes de diez dólares por delante.

—Oiga, amigo... Estaba tomando unas copas con Diana Moody y otro individuo. Me han dado el esquinazo.

—No es de extrañar —rió el portero—. ¿Para qué diablos querían su compañía?

—Es que el fulano me debe algún dinero. Quiero recuperarlo antes de que se lo gaste con Diana. Salieron juntos hace unos segundos. ¿No les ha visto?

El empleado del Parrot ya se había embolsado los billetes.

Señaló hacia una de las bocacalles.

—El 866 de Welds Street. Puerta ocho. Es el domicilio de Diana. Fueron hacia allí.

—Gracias, amigo.

Ray Decker se encaminó hacia el lugar indicado.

El tal Ralph Eggar debía ser un perfecto estúpido. No satisfecho con el escándalo del *bungalow*, había quedado citado con su rubia pecosa. El chantajista no consiguió fotografías comprometedoras de Eggar. ¿Las haría ahora? ¿Era Diana el cebo?

Decker se adentró por la bocacalle.

El número 866 era la tercera manzana. Un edificio de gris fachada. Los bidones de basura se amontonaban junto al inicio de la escalera de incendios. Una lustrosa rata pugnaba por introducirse en uno de los cubos.

Ray Decker penetró en el edificio.

Reinaba la oscuridad.

No podía ver nada; sin embargo, un sexto sentido le advirtió del peligro.

La sombra que se abalanzó sobre él falló el golpe. Decker se había dejado caer de rodillas. Un objeto silbó sobre su cabeza.

El detective reaccionó.

Se arrojó sobre la fantasmagórica sombra, atenazando su cintura. Rodaron por el suelo intercambiando duros golpes. Su enemigo le castigaba el costado con un objeto metálico.

Ray Decker se zafó de su contrincante.

Comenzó a retroceder hacia la salida.

Su enemigo rió sospechando una huida, pero Decker sólo quería verle el rostro. Welds Street, como todas las de la zona, no era pródiga en luminosidad; pero sí lo suficiente.

Su atacante era un individuo joven. De unos veinticinco años de edad. De abundante melena. Lucía una zamarra de cuero y pantalones vaqueros. En su diestra una «Magnum».

Una automática que no se decidía a utilizar contra Decker.

—Te voy a machacar la cabeza, bastardo...

Unió la acción a la palabra. De nuevo proyectó el cañón de la pistola contra Decker. Este volvió a esquivarle, con felina agilidad. La zurda golpeó el estómago del melenudo. Dos secos trallazos. De un puntapié hizo saltar la «Magnum» por los aires.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones, compañero... Las armas son peligrosas...

El individuo corrió hacia la escalera de incendios. Subió los peldaños de dos en dos. Súbitamente detuvo su veloz carrera. Ray Decker, que iba tras él, se vio sorprendido. El brutal patadón en el rostro le hizo vacilar. No llegó a perder el equilibrio.

El melenudo había reanudado la huida.

En un alarde de facultades, Decker reaccionó. Escupiendo sangre por la boca corrió tras su enemigo. Le dio alcance en una de las plataformas. La correspondiente al cuarto piso.

Decker no tuvo piedad.

Sus demoledores puños cayeron una y otra vez sobre el rostro del individuo. Decker no se percató de la abierta ventana situada a su espalda. De allí salió un segundo individuo.

El melenudo le había llevado hasta allí deliberadamente.

Ray Decker lo comprendió demasiado tarde.

Sintió un brutal golpe en la nuca. Se desplomó aturdido. Con los ojos nublados. Gateó esforzándose por incorporarse, pero un segundo golpe le hizo caer de bruces. Sin sentido.

A merced de sus enemigos.

* * *

Ray Decker entreabrió trabajosamente los ojos. Llevó su mano derecha a la nuca, retirándola bañada en sangre. Al tratar de incorporarse, sintió profundas náuseas. Todo giraba vertiginosamente a su alrededor. Se aferró a uno de los metálicos barrotes.

Seguía sobre la plataforma de la escalera de incendios.

Consultó la esfera de su reloj, calculando en unos cuarenta minutos el tiempo que permaneció inconsciente.

Sus grises ojos se posaron en la abierta ventana. De allí surgiera su segundo atacante.

Cuarta planta.

Sin duda aquella ventana correspondía al apartamento número ocho. Al domicilio de Diana Moody.

Ray Decker quedó unos minutos apoyado en la fachada. Recuperando fuerzas. Intentando coordinar sus ideas.

Encendió un cigarrillo.

Al principio experimentó nuevas náuseas, pero luego el tabaco pareció reanimarle. Sin dudarlo, penetró en el apartamento utilizando el abierto ventanal.

Se encontró en un salón-comedor.

Todo se hallaba en orden.

Se dedicó a registrar la vivienda. La puerta contigua correspondía a la cocina. En el corredor, la primera de las puertas era un amplio dormitorio.

Y allí estaba Diana Moody.

Sobre el lecho.

Envuelta en un río de sangre. Con las ropas desgarradas. Su cuerpo de diosa mutilado por infinidad de sangrientos surcos. Los brazos en cruz. La cabeza le colgaba fuera del lecho. Su rubia cabellera rozaba la alfombra. Del brutal tajo realizado en su garganta aún manaba sangre. El rojo líquido goteaba hasta el suelo.

El asesino había destrozado la almohada arrojando las plumas sobre el ensangrentado cuerpo de Diana.

Ray Decker se apoyó en el quicio de la puerta. Pálido. Impresionado por la espeluznante escena.

Ahora sí vomitó.

Ray Decker, el detective frío e impasible, vomitó como un novato patrullero. El hombre acostumbrado a luchar en la jungla de asfalto, sintió que una sorda furia se apoderaba de él.

—Sucio asesino..., repugnante hijo de perra sarnosa...

Las palabras brotaron roncadas de Decker.

Con vacilante paso avanzó hacia el lecho. Parecía más calmado, pero en sus grises ojos se reflejaba un siniestro brillo. Trazó una semicircular mirada por la estancia.

Un descomunal armario cubría la pared frontal al lecho.

Decker acudió hacia allí abriendo la portezuela.

Lo esperaba.

Esperaba encontrar «aquello».

No obstante, instintivamente, retrocedió con la palidez recubriendo sus facciones.

El cadáver de Ralph Eggar, semiencorvado en el interior del armario, se proyectó hacia adelante cayendo pesadamente.

También tenía seccionada la yugular.

La caída, el brutal impacto contra el suelo, hizo que su cabeza,

apenas unida al tronco, rodara por la alfombra.

Capítulo X

EL ASESINO LAS PREFIERE RUBIAS

Ray Decker no volvió por The Parrot. Dado el tiempo transcurrido, Stella ya no estaría en el local. Fue directamente a su estacionado «Buick». Encendió un cigarrillo. Con leve temblor en sus manos. Todavía impresionado por la macabra escena presenciada.

Inició la marcha.

Hacia Barrio Lom.

En dirección a su estercolero de Rains Street.

La mente de Decker era un torbellino de confusas ideas. La muerte de Diana, de Billy Rogers, de Ralph Eggar...

¿Por qué habían acabado con Eggar? ¿Obra del chantajista? ¿Del asesino de Janice?

Todas aquellas muertes eran absurdas.

Lo avanzado de la noche y la proximidad del mísero Barrio Lom contribuían a que las calles aparecieran solitarias. Tráfico casi nulo.

Ray Decker llegó a Rains Street.

Estacionó el vehículo frente a la entrada a su domicilio. Al descender del auto, la fría brisa del East River azotó su rostro. Le reanimó.

Penetró en el edificio.

El elevador, una cabina destartalada y poco segura, le llevó a la tercera planta. La luz del corredor apagada, como siempre. El casero había prometido repararla antes de las próximas Navidades.

Pulsó el llamador de su apartamento.

La puerta se entreabrió a los pocos segundos. Sin quitar la cadena de seguridad. Asomó el bello rostro de Stella.

—¡Ray!... —¡a exclamación de Stella fue de profunda satisfacción—. Corrió la cadena, franqueando la puerta—. Empezaba a preocuparme por... ¿Qué te ha ocurrido? ¡Estás herido!

La sangre, ya reseca, manchaba la chaqueta de Decker.

—No es nada, Stella... ¿Dónde está Margaret?

—En el apartamento de Doris.

Ray Decker fue hacia su dormitorio. Se despojó de la chaqueta acudiendo al baño. Allí limpió la herida. Stella, que había ido tras

él, le aplicó un parche.

—¿Resultó difícil convencerla?

—Un poco. Doris me ayudó. Las tres, al ver que no regresabas a The Parrot, acudimos aquí siguiendo tus instrucciones. ¿Qué te ha ocurrido, Ray?

Decker terminó de ajustarse un jersey cuello cisne.

Pasaron al salón.

—Diana Moody y Ralph Eggar han muerto. Asesinados.

Stella palideció como la azucena.

—Dios mío...

—Dos individuos me atacaron en el domicilio de Diana. Me dejé sorprender como un novato.

—¿Qué piensas hacer, Ray?

Decker descubrió una botella de «Johnnie Walker» sobre uno de los muebles. Sin duda Doris la había dejado allí. No se molestó en buscar vaso, ni hielo, ni soda. Aplicó el gollete a los labios bebiendo largamente.

—No lo sé... Este es un maldito embrollo sin pies ni cabeza. Un asesino, un chantajista...

—Tal vez sean una misma persona.

Decker entornó los ojos.

Quedaron fijos en Stella.

—He dicho una tontería, ¿verdad, Ray?

—No del todo, pequeña. En el *bungalow* de Dalton ocurrieron cosas muy extrañas. Todo parecía preparado de antemano. Ya no me refiero a la muerte de Janice, sino a la instalación de las cámaras por la casa y el jardín. Ralph Eggar queda descartado. También Fred Dalton. El estar encarcelado es su mejor coartada. La muerte de Diana y Eggar demuestran que el asesino sigue suelto.

—¿Has dado aviso a la policía?

—¿Yo? De haberlo hecho, me habría despedido definitivamente de mi licencia. Aunque creo que ya todo está perdido. El portero de The Parrot dará una buena descripción de mí.

—Nadie te relaciona con Fred Dalton.

Decker se encogió de hombros.

—Voy a hablar con Margaret. Según la amplia información de Milland, es la única de las rubias con el pelo teñido. Diana, la graciosa pecosa, no pudo hablar. Esperemos que con Margaret tenga más suerte.

—Déjame ir contigo, Ray.

Decker no opuso objeción. Se encaminaron hacia el *living* para acto seguido abandonar el apartamento. Recorrieron el largo

pasillo. La última de las puertas, casi contigua al ascensor, correspondía al apartamento de Doris.

Decker pulsó el llamador.

—¿No tienes llave, Ray?

Decker sonrió levemente. Levantó la barbilla de Stella para besarla en los labios.

—Eres deliciosamente celosa, Stella. No, no tengo llave.

Volvió a llamar. Su diestra hizo girar el dorado pomo. La puerta cedió a su empuje.

Aquello sorprendió a Decker.

Doris jamás dejaba la puerta de su apartamento abierta.

Les llegó el sonido de un tocadiscos. A todo volumen. La voz de The Beatles.

Ray Decker corrió hacia el salón.

Doris estaba tendida sobre un largo sofá. Con las manos atadas a la espalda y un esparadrapo taponando su boca.

—¡Desconecta ese maldito aparato, Stella!

La muchacha obedeció la orden de Decker, aunque ya el *long-play* «1967-1970» de los Beatles tocaba a su fin.

—Doris... Doris...

Ray Decker se había inclinado sobre la mujer liberando sus manos,

Doris tenía el ojo izquierdo amoratado. Los pómulos hinchados. La sangre manaba de su nariz y labios. Había desgarros en su blusa. En hombros y pecho se veían varias quemaduras producidas por un cigarrillo.

—¿Quién ha sido, Doris? ¡Juro que aplastaré al hijo de perra que...!

Stella, dominando su nerviosismo, fue más eficaz que Decker. Acudió velozmente a la cocina comenzando a hervir agua. Del tocadiscos de Doris sacó una crema suavizante que calmaría el dolor de las quemaduras.

Minutos más tarde limpiaba las heridas de Doris.

Ray Decker, consciente de que la furia a nada conducía, dejó hacer a Stella. También se dedicó a registrar concienzudamente el apartamento.

Ni rastro de Margaret Wilder.

—Ray... creo que sería conveniente avisar a un médico.

—No..., no llamar a nadie —susurró de pronto la voz de Doris

—. Ray...

—Estoy aquí, Doris. ¿Quién ha sido?

La mujer no podía abrir el ojo izquierdo. Su tumefacto rostro se

crispaba en mueca de dolor.

—Margaret... Se la llevó..., no pude impedirlo...

—¿Quién ha sido?

—Salkow... Cliff Salkow.

Decker parpadeó perplejo.

Aquel nombre no le decía nada.

—Está loco, Ray... Era el novio de Janice..., pertenece a la Mafia del Vicio. Cliff Salkow y Janice idearon someter a chantaje a los magnates de la Olney & Reed Steel. Días antes de la fiesta, Janice engatusó al mayordomo de Fred Dalton, dando así ocasión a que Salkow instalara las cámaras. Salkow consiguió entrar en el *bungalow* durante la fiesta. Cuando emplumaron a Janice, juró matarlos a todos... Ella trató de disuadirle... Salkow está enfermo, Ray. Pasó varios años en un centro psiquiátrico. Al discutir con Janice, la mató. La degolló en el *bungalow*. Pero Salkow culpa a los componentes de la fiesta. Dice que ellos son los verdaderos culpables..., quiere acabar con todos..., incluidas las muchachas rubias que acudieron al *party*.

—¿Quién le ayuda?

—No te comprendo...

—Ralph Eggar y Diana Moody ya han sido asesinados, Doris. Me enfrenté con dos individuos. Pude ver el rostro de uno de ellos. Joven, melenudo, de ganchuda nariz...

—Ese es Cliff Salkow. Sin duda apoyado por miembros de la Mafia del Vicio. Puede que la organización planeara el chantaje a la Olney & Reed Steel.

—¿Por qué han matado a Billy Rogers?

—Ya te lo he dicho... Cliff Salkow está loco..., quiere acabar con todos. Con todos cuantos intervinieron en la fiesta. Rogers reclutó a las chicas. Por orden de Salkow, pero éste se enfadó cuando comprobó que una de las seleccionadas era su novia Janice. Quiere acabar con todos. El vio cómo Margaret, Diana, Judith y Deborah se burlaban de Janice cuando era emplumada..., vio a aquellos magnates comportarse como bestias... Está loco..., dice que ellos le impulsaron a matar a Janice... Acabará con todos, Ray. Me lo confesó.

—Me sorprende que te dejara con vida.

Una leve y amarga sonrisa intentó dibujarse en el rostro de Doris.

—Olvidas que estoy «protegida» por la Mafia del Vicio. Pago mensualmente la cuota. Cliff Salkow es un miembro de la organización. No puedo ser víctima de ellos, Ray. Es el código del

hampa. Ellos también saben que no acudiré a la policía.

—Debes hacerlo, Doris.

—No... Al diablo con todos. ¿Cuándo la policía se ha interesado por mí? Conocen la existencia de la Mafia del Vicio, saben que nos explotan... y nada hacen para impedirlo.

—No tienen pruebas para actuar, Doris. Tú puedes proporcionárselas.

—¿Y luego, Ray? ¿Pagaré la Brigada de Homicidios mi ataúd? No..., no diré nada... Al diablo con todos..., al diablo...

Ray Decker inclinó la cabeza.

No convencería a Doris.

Era preferible intentarlo en otro momento.

—¿Quieres que avisemos a un médico, Doris?

—No. Ya me encuentro mejor. No ha sido nada, Ray. Estoy acostumbrada a esto. Tomaré unos calmantes y podré descansar. Dejadme sola...

Decker hizo una seña a Stella.

Lentamente abandonaron el apartamento.

—Ray..., no podemos dejar a Margaret a merced de un loco asesino. Tal vez aún esté con vida y...

—Lo sé, Stella. Voy a telefonar al teniente Wendkos. Debe iniciar cuanto antes la caza de Cliff Salkow.

—El comunicarte con la policía te pondrá en dificultades, Ray. Tu presencia en el domicilio de Diana Moody, tus investigaciones... Puedes perder para siempre tu licencia.

Decker no replicó.

Sabía todo aquello.

Introdujo la llave en la cerradura de su apartamento. Al encaminarse hacia el salón, se escuchó el ulular de un coche de la Metropolitan Police.

Ray Decker acudió a una de las ventanas.

Eran dos coches de la Metropolitan Police los que atravesaban Rains Street haciendo girar su luz roja sobre la capota. Se detuvieron en una de las bocacalles.

—¿Qué puede haber ocurrido, Ray?

—Me temo que ha sido encontrado el cadáver de Margaret Wilder —murmuró Decker, casi sin despegar los labios.

—Dios mío, no...

—Voy a echar un vistazo.

—Yo iré, Ray —decidió Stella—. No es conveniente que también te vean merodeando por ahí.

—Ya poco importa.

La muchacha ignoró el comentario de Decker. Con paso firme abandonó el apartamento.

Ray Decker se dejó caer en uno de los sillones del salón.

Frente, al teléfono.

Iniciaba el ademán de descolgar el micro, cuando súbitamente sonó el timbre del aparato.

Decker no pudo evitar un respingo.

Atrapó el auricular.

—¿Sí?

—¿Ray? Te habla Jean Reed.

Decker reconoció la voz femenina.

—Buenas noches, Jean. Un poco tarde para llamar, ¿no?

—Hay novedades, Ray. Fred Dalton ha sido puesto en libertad.

La noticia no sorprendió a Decker.

—¿Cuándo?

—A primeras horas de la noche. Varios sucesos han obligado al teniente Wendkos a cambiar de parecer. ¿Quieres conocerlos, Ray?

Decker sonrió en triste mueca.

Antes de que pudiera responder, le llegó la voz de Jean.

—Dos de las chicas que acudieron a la fiesta han sido asesinadas, Ray. Con una navaja de afeitar.

Decker no parecía escucharla. La palidez se había apoderado de sus facciones. Una macabra sospecha acudió a su mente. Fred Dalton había sido puesto en libertad a primeras horas de la noche. Antes del asesinato de Diana y Ralph Eggar.

Entonces, ¿por qué el teniente le dejó en libertad?

—Jean..., ¿quién te ha informado del asesinato de esas dos chicas?

—El propio teniente Wendkos. Había conseguido los domicilios de las chicas que acudieron al *bungalow*. Judith Stevens fue la primera en ser localizada, pero ya estaba muerta. Igual ocurrió con una tal Deborah. Sobre sus ensangrentados cadáveres arrojaron infinidad de plumas. Algo horrible, Ray... Monstruoso.

Judith y Deborah...

Ray Decker sintió un frío sudor humedecer su epidermis.

Pronto el teniente Wendkos encontraría dos cadáveres más. Diana Moody y Ralph Eggar. Y posiblemente el de Margaret Wilder.

El asesino había actuado con diabólica rapidez.

En una desenfrenada orgía de sangre.

—Ray..., ¿no me oyes?

Decker pareció volver en sí.

—Dime, Jean.

—Quieren que lleves tú el maletín.

—¿El maletín?

—Te he llamado para eso. El chantajista se ha puesto en contacto con nosotros. Ya se han reunido los dos millones exigidos. Parsons, Werner y Richardson han decidido que seas tú quien se entreviste con el chantajista para efectuar el cambio.

—¿Está Fred contigo ahora?

—Sí. Estamos todos en mi apartamento de la Quinta Avenida. Falta únicamente Ralph Eggar. El teniente ha sugerido que permanezcamos aquí. Ha dejado un par de agentes controlando la entrada. ¿Aceptas servir de enlace?

Por la mente de Decker pasó en fugaz visión la espeluznante escena de Welds Street. El cadáver de Diana, la cabeza de Eggar rodando por el suelo...

Apretó con fuerza las mandíbulas.

—Por supuesto que acepto, Jean.

—¿Mañana a las diez?

—Okay.

—Entrarás por la puerta de servicio, Ray. Sé puntual. Haré que los agentes no se encuentren por ahí a esa hora. No quisiera comprometerte.

—Perfecto. Yo también voy a daros un consejo, Jean. Que nadie abandone tu apartamento. Dalton, Richardson, Werner y Parsons deben permanecer ahí. Sus vidas corren peligro.

—Pero...

—No puedo decirte nada más, Jean. Hasta mañana.

Decker colgó el micro.

Justo en el momento en que Stella retornaba al apartamento. Por la expresión de su rostro no parecía portadora de buenas noticias.

—¿Y bien? —inquirió Decker.

—Tú tenías razón, Ray. Era Margaret. Degollada. Se ha encontrado una ensangrentada navaja de afeitar sobre su cadáver.

Capítulo XI

LOS DIABOLICOS

Ray Decker entreabrió los ojos.

Con la sensación de que acababa de quedarse dormido. Sin embargo, al contemplar la esfera de su reloj, comprobó que el sueño se había prolongado durante cuatro horas. Fue a las cuatro de la madrugada cuando terminó de instalarse en el sofá del salón.

Cediendo galantemente su habitación a Stella. Lo avanzado de la noche, y el nerviosismo por los trágicos sucesos, aconsejó que la muchacha permaneciera allí.

La luz del nuevo día ya se filtraba a raudales.

Decker se incorporó.

Quedó sentado en el sofá. Le dolía el cuello. Más bien sentía punzadas por todo el cuerpo. Dormir en aquel sofá no resultaba nada confortable.

Para acudir al baño, debía atravesar su habitación. Entró silencioso. Con igual precaución eligió ropa del armario.

Stella dormía plácidamente.

Víctima del cansancio y de las fuertes emociones sufridas.

Ray Decker penetró en la sala de baño. Prolongada ducha fría, afeitado eléctrico y refrescante loción. Se vistió allí. Tan sólo la chaqueta había quedado en la habitación.

Abandonó el baño, encaminándose hacia la mesa de noche. Abrió el cajón para apoderarse de su revólver, calibre 38. Se lo acopló a un costado, bajo la ancha correa del cinturón.

Sus grises ojos se posaron en Stella.

Su respirar era acompasado y tranquilo. Dormía con uno de los pijamas de Decker. Este sonrió inclinándose sobre ella. Besó fugazmente sus labios. Temía despertarla. Al tratar de incorporarse se vio súbitamente atrapado por los brazos de la joven.

Stella le atrajo contra sí. Su boca se unió a la de Decker.

—¡Diablos!... ¡Y creía que estabas dormida!

—¿Te ibas sin despedirte?

—En eso quedamos, ¿no?

—¿Por qué no quieres que te acompañe? Puedo seguirte a distancia, Ray. Ese Cliff Salkow es peligroso. No jugará limpio. No se conformará con los dos millones de dólares. ¡Está loco, Ray! ¡Te

matará!

—He tomado precauciones, Stella. No te preocupes.

—Ray... no quiero perderte...

Los entreabiertos labios femeninos quemaron a Decker. Los besó con pasión acariciando la espalda de Stella.

—Tampoco yo quisiera perderte, Stella. Eres lo único bueno que he encontrado en mi vida.

—Ray...

Decker se incorporó.

Casi con violencia.

De seguir junto a la muchacha iba a resultar muy difícil marchar.

—Pasaré a recogerte a tu apartamento, Stella. Almorzaremos juntos. Sí..., si me retraso, ya sabes lo que debes hacer.

—Avisar al teniente Wendkos.

—Ajá.

—¿Por qué no lo has hecho ya, Ray? Era lo más prudente. ¿Por qué debes correr tú el peligro?

—Las cuatro chicas, desgraciadamente, ya han sido asesinadas. Los de la Olney & Reed Steel están en lugar seguro. No era ya urgente comunicarme con Wendkos.

—Te felicitarán, Ray. Les entregas el asesino y...

—¿Felicitarme? Conoces muy poco esta jungla, Stella. El primer paso será retirarme definitivamente la licencia. Bien... Recuerda mis instrucciones.

—Sí, Ray.

—Buena chica. Hasta pronto, pequeña.

—Adiós, Ray...

Decker abandonó la habitación.

Minutos más tarde se hallaba frente al volante de su «Buick».

Debería atravesar gran parte de Manhattan para llegar a la Quinta Avenida. Envuelto en un endiablado tráfico.

Consultó la esfera de su reloj.

Contaba con tiempo suficiente para llegar puntual a la cita. A las diez horas. Ni un segundo más ni menos. Por la entrada de servicio. Libre de agentes.

Decker aprovechó un obligado *stop* para encender un cigarrillo.

Quedó pensativo.

De conocer la policía sus investigaciones, no sólo le sería retirada la licencia, sino que tal vez le acusaran por ocultar pruebas. Según Doris, el tal Cliff Salkow era el asesino y chantajista.

Un loco.

Un asesino psicópata.

¿Avisar al teniente Wendkos? Las cuatro muchachas ya habían muerto. Cuatro seductoras bellezas rubias. En la absurda venganza de Salkow entraban Dalton, Richardson, Werner y Parsons. Estos estaban protegidos.

Y Ray Decker iba a entrevistarse con el asesino.

Sí.

Se presentaría al teniente Wendkos con el asesino en su poder.

El «Buick» ya circulaba por el centro de Manhattan. Estacionar en las proximidades a la Quinta Avenida era más bien un sueño. Dejó el auto en un parking y recorrió a pie el trayecto que le separaba de su destino.

El apartamento de Jean Reed, en uno de los edificios más lujosos de la Quinta Avenida neoyorquina, contaba con cuatro entradas principales para las distintas secciones de aquella gigantesca colmena humana.

Decker se introdujo en uno de los elevadores que le condujo a la novena planta. Luego descendió por la escalera de servicio hasta la sexta planta. Era allí donde Jean disponía de su apartamento.

Volvió a consultar su reloj.

Dos minutos para las diez.

Cuando pulsó el llamador de la puerta, era exactamente la hora convenida. Parecían estar esperándole. La hoja de madera se abrió casi de inmediato.

La propia Jean había acudido a recibirle.

—Eres puntual, Ray. Adelante.

—¿Todo en orden?

—Sí. Los policías están en la entrada principal. El teniente Wendkos marchó hace unos minutos. Era portador de trágicas noticias. Ralph Eggar y...

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—Eso no importa ahora —replicó Decker—. ¿Cuáles son las instrucciones del chantajista?

Pasaron al salón.

Allí estaban Richardson, Werner y Parsons. Pálidos. Sin duda impresionados por la muerte de Ralph Eggar.

Rodeaban un negro maletín.

Ray Decker les dirigió una despectiva sonrisa.

—Buenos días, caballeros.

No correspondieron al saludo. Charles Parsons abrió el maletín. Los fajos de billetes se amontonaban cuidadosamente.

—Aquí tiene el dinero, Decker. Dos millones de dólares. Medio millón ha sido desembolsado por Jean Reed.

—¿Siguen interesados en negociar con el chantajista, señores?

—Por supuesto. ¿Conoce las últimas cotizaciones en Wall Street? Las acciones de la Olney & Reed Steel descienden en picado. La muerte de Ralph Eggar, asesinado junto a una mujerzuela...

Los ojos de Decker destellaron.

Parsons, consciente del efecto causado por las palabras de su compañero Frank Richardson, se adelantó presuroso.

—Queremos recuperar esas fotografías, Decker. Queremos la película. Debe acudir a la cabina telefónica existente en la esquina de Toth Street con la Sparr Avenue. Estará allí a las doce horas. Espere hasta que se ponga en contacto con usted. Siga las instrucciones que le dicte al pie de la letra, Decker. Sólo nos interesa la película. Sin tomar iniciativas. Si cumple su cometido, será recompensado.

—Muy amables. Lo triste es que el chantajista no se conformará con el dinero. Les matará. A los tres. Al igual que ha hecho con Ralph Eggar.

—¿Qué tontería está diciendo? —interrogó Stanley Werner.

—Corren peligro. También Fred Dalton. Todos los que permanecieron en el *bungalow* han sido sentenciados. Les aconsejo que no abandonen el edificio.

—¡Está loco! Hoy mismo salimos en nuestro avión particular hacia Chicago. Allí las cosas marchan muy mal. Nuestra central, por culpa de los nauseabundos artículos de ese periodista llamado Hutton, está sufriendo alarmantes ataques.

—¿El teniente Wendkos les deja marchar?

Frank Richardson, rió con suficiencia.

—Ha recibido órdenes superiores. Somos gente importante, Decker. Además, el asesino está suelto. Se han cometido varios crímenes y nuestras coartadas son perfectas. Agentes de Wendkos no han dejado de controlarnos. Regresaremos a Nueva York en un par de días. En Chicago ajustaremos las cuentas a ese periodista. Lo del *bungalow*, la muerte de Eggar junto a la rubia... ¡Ya es suficiente! Si se publican las fotografías sería el fin. Límitese a recuperarlas.

—Okay.

Ray Decker atrapó el maletín. Tras dirigir una animosa sonrisa a Jean, abandonó el salón encaminando sus pasos hacia la salida del

servicio.

Minutos más tarde se hallaba fuera del edificio.

No llegó a su estacionado auto. Súbitamente un «Ford» frenó a su lado.

—¡Sube, Ray!

—Fred... ¿Qué diablos...?

—¡Pronto, Ray!

Ray Decker obedeció abriendo la portezuela y acomodándose junto a Fred Dalton. Este parecía excitado. Puso en marcha el vehículo.

—En ese maletín llevas el dinero, ¿verdad, Ray? Jean me lo ha contado todo. No quiero que por mi causa ella desembolse medio millón de dólares.

—Richardson, Werner y Parsons no tienen inconveniente.

—Ellos son poderosos, Ray. Ese dinero lo han conseguido de su fortuna personal. Sin pestañear. Si Jean pierde esos quinientos mil dólares queda prácticamente en la ruina.

—Tiene sus acciones en la Olney & Reed Steel.

—Puedes darte un paseo por la Bolsa, Ray. Las noticias vuelan. El público es desconcertante. Por un puñado de dólares puedes conseguir un buen manojó de acciones. Eso en Nueva York. ¿Te imaginas la central de Chicago?

—No pienso entregar el dinero al chantajista, Fred. Me repugnan los tratos con esos individuos.

—¿Entonces...?

—Le seguiré el juego. Cuando le tenga ante mí, le aplastaré como a una cucaracha. Ignoras algo, Fred. El asesino y el chantajista son una misma persona. El también forma parte de una absurda y demoníaca venganza. Y tú también corres peligro.

Fred Daltonladeó momentáneamente la cabeza.

Dirigiendo una perpleja mirada a Decker. Este narró a grandes rasgos la confesión hecha a Doris.

—Cliff Salkow..., jamás oí hablar de él. ¿Has informado al teniente Wendkos?

—Aún no.

—Comprendo.

—No fue por temor a perder la licencia, Fred. Quiero cazar al asesino. Lo entregaré en la Brigada de Homicidios atado de pies y manos..., pero sin dientes.

—El tal Salkow no estará solo, Ray. De seguro le escoltarán miembros de la Mafia del Vicio.

—Lo sé.

—Iré contigo.

—No, Fred. No quiero que...

—No seas estúpido, Ray. Te matarán. Se quedarán con el dinero y seguirán exprimiendo a la Olney & Reed Steel.

Decker sonrió.

—¿Quién te ha dicho que pienso llevar el maletín repleto de dólares? Sé cómo tratar a los chantajistas,

Fred. Los billetes serán sustituidos por recortes de periódico.

—No te perdonarán la burla, Ray.

—Ambos jugaremos sucio. Deduzco que Salkow tampoco llevará encima la película filmada en tu *bungalow*. Dejaré el dinero en una agencia de depósitos y...

—Cerca de aquí está el domicilio de Jeff Durning. Sabes que mi mayordomo es hombre de toda confianza. Sustituiremos el dinero por recortes y estudiaremos un plan de acción. No puedes ir solo, Ray.

Decker dirigió una fugaz mirada a su reloj.

—Disponemos de poco más de una hora... ¿Dónde dices que vive Durning?

—En Scott Road. A poca distancia de aquí.

—De acuerdo, Fred.

El Ford giró hacia Lander Park. Cinco bocacalles más abajo, atravesaron Scott Road. El vehículo se detuvo frente a una casa en ruinas.

Los dos hombres abandonaron el auto.

—Es el 243...

El número indicado por Fred Dalton correspondía a un viejo edificio. En la planta baja existía una bolera y sala de juegos electrónicos.

Se encaminaron hacia allí.

Fred Dalton descendió una pequeña escalinata. El domicilio de Durning era una de esas viviendas casi subterráneas.

Pulsó el llamador.

Cinco veces consecutivas dejando una fracción de segundo como intervalo.

—Parece una contraseña —sonrió Decker.

Fred Dalton también sonrió.

La puerta se abrió.

El mayordomo de Dalton apareció bajo el umbral.

—Hola, Jeff. ¿Podemos pasar?

—Por supuesto, señor.

—Ya conoces a Ray Decker, ¿verdad?

—Creo recordar al amigo del señor.

Penetraron en la vivienda.

Jeff Durning cerró la puerta.

En ese instante surgió un individuo procedente del interior del apartamento. Portaba en su diestra un vaso de whisky a medio consumir. Era un hombre joven. Melenudo. De ganchuda nariz. Con zamarra de cuero y pantalones tejanos.

Ray Decker le reconoció.

Era Cliff Salkow, el melenudo que le atacó en la escalera de incendios.

* * *

La voz de Fred Dalton sonó burlona.

—¿Sorprendido, Ray?

Decker mantenía los ojos fijos en el melenudo. Desvió la mirada hacia Dalton y Durning.

El mayordomo le encañonaba con una «Super-Star».

—No del todo, Fred..., aunque sí un poco aturdido.

—Es lógico —volvió a sonreír Fred Dalton—. Mi plan es demasiado inteligente para un detective fracasado como tú.

—Creo que mi único error fue el ignorar que eres un hijo de perra.

Dalton se adelantó levantando su mano derecha.

No llegó a golpear a Decker. Este fue más rápido. Propinó un brutal trallazo al rostro de Dalton haciéndole retroceder y sangrar por la boca.

Jeff Durning no había permanecido inmóvil.

El cañón de la «Super-Star» golpeó a Decker tras la oreja izquierda.

—¡Quieto, Jeff! —ordenó Dalton, pasándose el dorso de la mano por los ensangrentados labios—. Ya es suficiente... Llévadle dentro.

Ray Decker fue empujado hacia el salón.

Cliff Salkow contemplaba la escena con gesto estúpido. Sólo cuando Dalton abrió el maletín cambió la expresión en el rostro del melenudo.

—¡Infiernos!... ¿Cuánto hay, señor Dalton?

—Tendrás tu parte, Cliff. ¿Ya has escrito la carta como te ordené?

—¡Seguro! Está sobre la mesa de noche de mi dormitorio. ¿Quiere verla?

Dalton intercambió una significativa mirada con su mayordomo.

—Luego, muchacho. Ahora sirve un vaso de whisky a nuestro amigo Ray. ¿Me guardas rencor?

Decker no respondió.

Sus grises ojos brillaban con fuerza.

—Lo lamento, Ray. Te apreciaba, pero eres el comodín de la jugada. Sin tu colaboración todo habría salido mal. Jean y yo lo planeamos a conciencia. Sin el menor fallo. Lo maduramos durante un largo año. Desde que se iniciaron los primeros contactos con la Olney Steel. Nos quedaremos con todo, Ray. Una de las cláusulas de la sociedad señala que a la muerte de cualquiera de los dirigentes de la Olney & Reed Steel, un elevado porcentaje de sus acciones será repartido entre los otros socios. Eggar ya ha muerto.

—No te comprendo. Fred..., no te comprendo —murmuró Decker con voz apenas audible—. Si vuestro interés se centraba en eliminar a los cuatro magnates..., ¿por qué involucrar a las cinco muchachas rubias? ¿Por qué matarlas?

—Debíamos preparar una buena coartada, Ray. Nadie sospecharía de mí. Tampoco de Jean. Si paulatinamente los cuatro magnates fueran asesinados, la policía centraría sus sospechas sobre Jean y sobre mí.

—¿Tú? ¿Un simple administrador?

—Jean y yo nos casaremos, Ray. Nos convertiremos en los únicos dirigentes de la Olney & Reed Steel. Controlaremos todas las acciones. Ahora, varios agentes de Bolsa están comprando, en mi nombre, acciones de la compañía a bajo precio por las zonas del Oeste. Haremos que las acciones vuelvan a subir como la espuma.

—Y con una ganancia extra de millón y medio de dólares.

Fred Dalton rió divertido.

—Correcto, Ray. Yo mismo, ayudado por mi fiel mayordomo, instalé las cámaras. Chantaje a los magnates del acero. El dinero desembolsado es de sus fortunas personales. Nos servirá para dar nuevo auge a la Olney & Reed Steel. Será la más importante industria de acero de Estados Unidos.

—Aún no has concluido tu plan, Fred.

—¿Eso crees? Yo maté a Janice. Deliberadamente dejé pruebas para ser encarcelado. Mientras el teniente Wendkos me acosaba a preguntas, Jeff Durning se encargó de Judith y Deborah. Luego, junto con Salkow, dieron cuenta de Diana, Eggar y Margaret. La propia Jean Reed acabó con Billy Rogers.

—¿Por qué?

—Rogers era demasiado fiel a la Mafia del Vicio. Podía sospechar de mi plan y dar aviso a la organización. Se interesarían

y...

—Comprendo. La Mafia del Vicio es ajena a todo esto.

—Por supuesto. Sólo Cliff Salkow pertenece a la organización, pero me es fiel.

—Y en Cliff Salkow basaste la historia. Un esquizofrénico que, ofuscado por haber dado muerte a su novia, planea una absurda venganza. No me convenció la versión de Doris...

—Pobre Doris... Salkow se vio obligado a darle una pequeña paliza. Es una mujer de temple. Apuesto a que cuando descubra tu muerte, no dudará en acudir a la policía y denunciar los crímenes de... Cliff Salkow. Así, seguirá nuestro juego.

—Eres un sucio bastardo, Fred...

—Tranquilo, muchacho. Todo tiene un precio. Y lo lamento por ti. Debía buscar un detective de confianza para que los magnates te encargaran la entrega del dinero al chantajista. Un detective que no pudiera comunicarse con la policía por miedo a perder su licencia.

—No creas que me sorprendes. Sospeché algo turbio. El que Salkow no disparara contra mí, el dejar con vida a Doris...

—Esas eran mis órdenes, Ray. Debías quedar con vida para servir de enlace con el... chantajista. Y Doris para comunicar con la policía y denunciar a Cliff Salkow como culpable de todos los asesinatos.

—Los magnates aún están con vida.

—Por poco tiempo. Jean les acompañará hoy hasta el aeropuerto. En su elegante reactor quedará instalada una bomba. Saltarán por los aires antes de llegar a Chicago. Y todo habrá concluido.

—La policía querrá al culpable.

Fred Dalton señaló hacia el melenudo.

—Ahí lo tienes, Ray. Cliff Salkow confesará todo. También Doris lo considera culpable y declarará al conocer tu muerte. Sé que te aprecia. El teniente también tendrá la propia confesión de Salkow, firmada por su puño y letra antes de suicidarse. Declarándose culpable del asesinato de las cinco muchachas, de Eggar y de la bomba en el avión.

Decker desvió la mirada hacia el melenudo.

Cliff Salkow sonreía estúpidamente.

—Yo sólo maté a Margaret. Jeff acabó con Diana, ese tal Eggar, Judith y Deborah.

—Tú vas a cargar con todos los crímenes, Salkow —dijo Decker fríamente—. ¿No lo comprendes?

—No se encontrará mi cadáver. Estaré en Sudamérica, ¿verdad,

señor Dalton? ¡Con cien mil dólares para mí solo! La carta no me perjudicará. Estaré lejos y...

La acción de Jeff Durning fue rápida.

Se había situado a espaldas de Salkow. De pronto apoyó el cañón de la «Super-Star» en la sien derecha del melenudo apretando el gatillo.

El disparo quedó amortiguado por el ruido existente en la bolera próxima.

Cliff Salkow no llegó a caer. Sostenido por los brazos de Durning, fue depositado en un sillón del salón.

Dalton encañonaba a Ray Decker con una automática.

—¿Comprendes el final, Ray?

—Diabólico, Fred..., demasiado monstruoso...

—Era necesario para que la policía no centre su atención en Jean o en mí. Salkow fue lo suficiente estúpido para firmar una confesión cargando con todos los crímenes. Por venganza por lo ocurrido en el *bungalow*.

—Tú también estabas allí. Y eres el único en escapar a la... venganza de Salkow.

—No he dejado ningún cabo suelto, Ray. En la carta, dictada por mí a Salkow, se dice que escapo a la venganza por ser el único que salió en defensa de Janice. Se cerrará el caso. Tampoco contigo dejé posibles cabos sueltos. Incluso me fotografié con la navaja en la mano para decidirte a aceptar la misión y ayudarme. En la carta no se menciona el chantaje. Sólo tú estás al corriente, Ray. Y vas a morir. ¿Sabes cuál será la versión de la policía? Salkow, antes de suicidarse, acabó con el valeroso detective Ray Decker. Este no es el domicilio de mi mayordomo, sino el de Cliff Salkow.

Decker chasqueó la lengua.

—Siempre ocurre igual, Fred... El plan más perfecto, se viene abajo por pequeños e insignificantes detalles. El asesinar brutalmente a unas inocentes muchachas para simular y aturdir con una venganza; cuando el único fin era eliminar a unos socios poderosos, un perfecto chantaje... Demasiado perfecto, Fred. Deduzco que eras tú quien anónimamente cursabas información a cierto periodista de Chicago.

—En efecto, Ray. Eso asustaba a los magnates. No dudarían en entregar el millón y medio. Temían por su reputación y por la marcha de la compañía.

—El insignificante detalle, Fred... Si dentro de una hora no estoy almorzando con Stella, acudirá a la policía. Ella sí está al corriente del chantaje. El teniente Wendkos es astuto. Querrá saber

dónde han ido a parar esos dos millones de dólares.

Fred Dalton arqueó las cejas.

—¿Stella? ¿Quién diablos...?

—La chica que encontré con Margaret y Doris en The Parrot —dijo Durning—. No podía sospechar que...

Ray Decker, consciente de que aquella era su única oportunidad, se arrojó al suelo. Su diestra fue en busca del revólver del «38».

Se adelantó a Jeff Durning. Cuando éste quiso apretar el gatillo, ya una onza de plomo perforaba su frente. Entre ceja y ceja.

Fred Dalton y Decker dispararon al unísono.

Unicamente la bala de Ray Decker llegó a su destino. Alcanzando a Dalton en el pecho. A la altura del corazón.

Fred Dalton se desplomó arrastrándose por el suelo.

—Ray..., no quiero morir..., no quiero morir... Eres' mi amigo... Ayúdame, Ray...

Decker le dirigió una fría mirada.

Amigo...

La jungla del asfalto había convertido a los hombres en fieras. También había terminado con la amistad.

Ray Decker, sin escuchar las súplicas de Dalton, acudió hacia el teléfono.

No acompañó a Fred Dalton en su último estertor.

EPILOGO

El inspector Robert Bronson sonrió cordial.

—Ha prestado un gran servicio, Decker. Gracias a su oportuno aviso, el teniente Wendkos llegó a tiempo de impedir la salida del avión. Jean Reed terminó por confesar. Un gran triunfo.

—¿Triunfo? ¿Olvida a las muchachas asesinadas?

—Hablabas de los tres dirigentes de la Olney & Reed Steel. Le están muy agradecidos.

—Sí. Ya me han enviado el cheque.

—También yo tengo algo para usted, Decker. Su licencia. Vamos a olvidar sus investigaciones y el ocultar pruebas a la policía.

Ray Decker, en pie en el lujoso despacho, contempló la cartulina que le era ofrecida por el inspector Bronson.

—¿Todo en orden, inspector?

Robert Bronson carraspeó.

—Bueno..., falta un pequeño detalle... Deberá presentar públicas disculpas, Decker. Afirmar que se había equivocado.

Ray Decker apretó con fuerza las mandíbulas.

Sus grises ojos destellaron.

—Eso significa que...

—No sea idiota, Decker. El hombre que acusó, sin pruebas convincentes, ocupa un alto cargo en Washington. Se le retiró la licencia. Ahora tiene la oportunidad de recuperarla con sólo hacer una rectificación a la Prensa.

—Ese bastardo es culpable.

El inspector suspiró.

—¿Acepta la licencia, Decker? Piénselo.

Ray Decker atrapó la cartulina. La contempló fijamente por espacio de largos minutos. Luego, con despectivo ademán, la arrojó a la papelera.

Sin pronunciar ninguna otra palabra, abandonó el lujoso despacho.

Fuera del edificio le esperaba Stella. En el interior del «Buick».

—¿Buenas noticias, Ray?

Decker sonrió.

La presencia de Stella tenía aquella virtud.

—Magníficas, Stella. He decidido cambiar de atmósfera. Nueva York ya está demasiado contaminada. San Francisco, Los Angeles...

Otra jungla donde luchar. ¿Quieres acompañarme?
Stella le echó los brazos al cuello.
Sus gordezuelos labios se unieron a los de él.
Era la mejor de las respuestas.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España